

Peter H.
Wilson

HIERRO Y SANGRE

Una historia
militar de
Alemania
desde 1500

HIERRO ^Y SANGRE

DESPERTA FIERRO

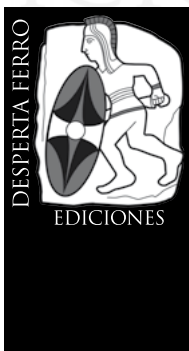
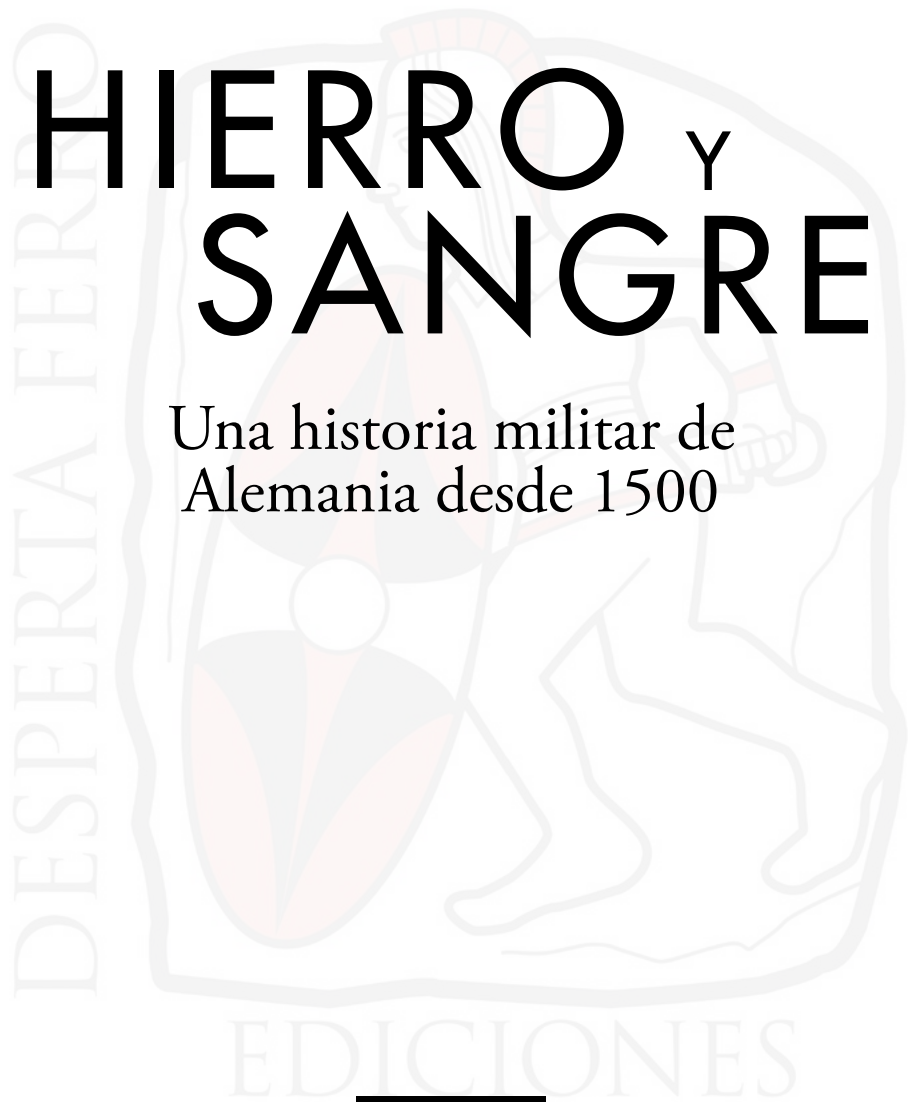


EDICIONES

Peter H. Wilson

HIERRO Y SANGRE

Una historia militar de
Alemania desde 1500



Hierro y sangre
Wilson, Peter H.
Hierro y sangre / Wilson, Peter H. [traducción de Javier Romero Muñoz].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2023. – 928 p., 16 p. de lám. il; p. ; 23,5 cm – (Otros títulos) – 1.ª ed.
D.L.: M-9550-2023
ISBN: 978-84-124985-3-0
94(430: 439,5)
355.48(4) "1500-2000"

HIERRO Y SANGRE

Una historia militar de Alemania desde 1500

Peter H. Wilson

Título original:

Iron And Blood

by Peter H. Wilson

© 2022, Peter H. Wilson

All rights reserved/Todos los derechos reservados

ISBN: 978-0-241-35556-5

© de esta edición:

Hierro y sangre

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º dcha. - 28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-124985-3-0

D.L.: M-9550-2023

Traducción: Javier Romero Muñoz

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro y Jaume Ferrer Moltó

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Primera edición: junio 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2023 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Para Rosie

DESPERTA FERRO



EDICIONES

Índice

Agradecimientos	IX
Nota acerca de los términos empleados	XI
Mapas	XIII
Introducción	1

PARTE I. EQUILIBRAR GUERRA Y PAZ

Capítulo 1. Señores de la guerra	13
Capítulo 2. La formación de los ejércitos	49
Capítulo 3. Hacer de soldado	93

PARTE II. ACEPTAR LA GUERRA COMO PERMANENTE

Capítulo 4. Contener el monstruo de la guerra	129
Capítulo 5. Ejércitos permanentes	171
Capítulo 6. De carga extraordinaria a servicio ordinario	221

PARTE III. LA PROFESIONALIZACIÓN DE LA GUERRA

Capítulo 7. Habsburgos y Hohenzollern	255
Capítulo 8. La profesionalización de la guerra	291
Capítulo 9. La socialización de las fuerzas armadas	333

PARTE IV. LA NACIONALIZACIÓN DE LA GUERRA

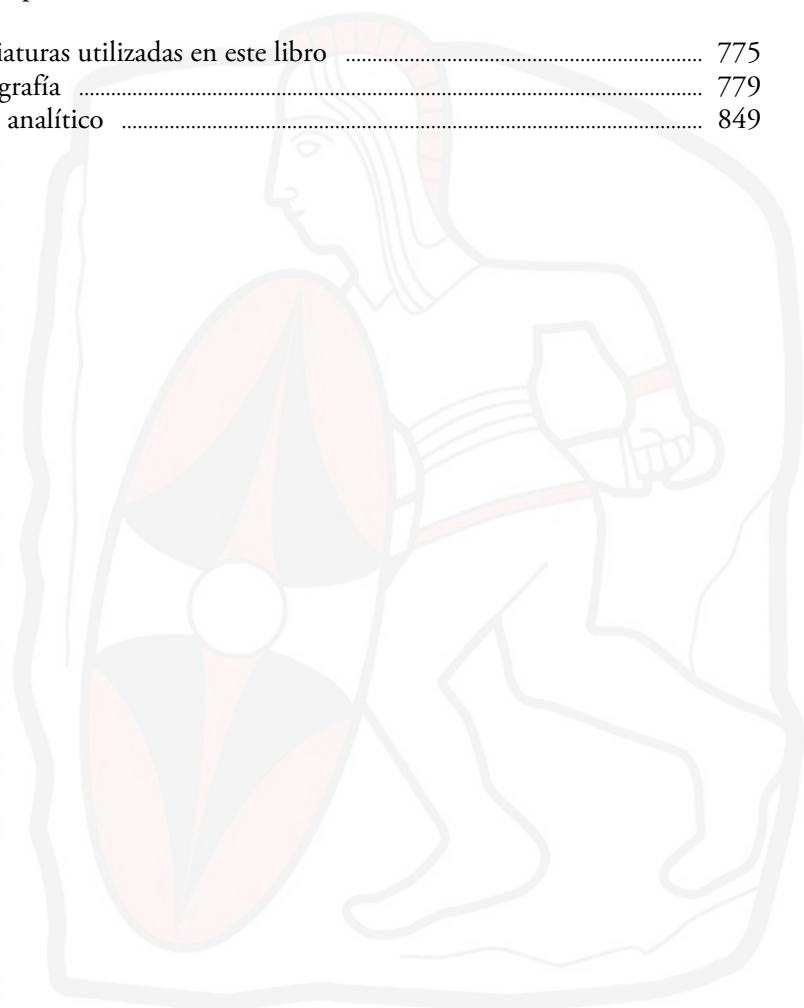
Capítulo 10. La guerra y la construcción de naciones	379
Capítulo 11. Naciones en armas	427
Capítulo 12. Al servicio de la nación	487

PARTE V. LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA GUERRA

Capítulo 13. Demagogos y demócratas	543
Capítulo 14. ¿De la guerra total al fin de la guerra?	627
Capítulo 15. Ciudadanos de uniforme	701

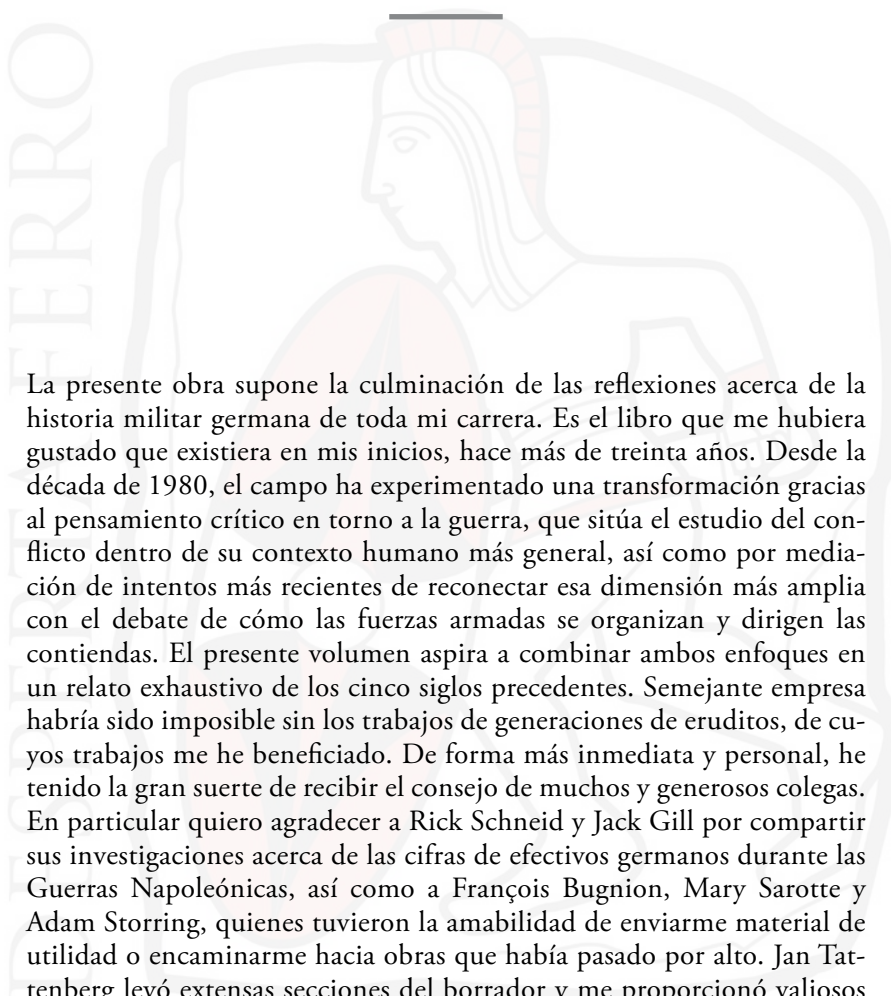
Abreviaturas utilizadas en este libro	775
Bibliografía	779
Índice analítico	849

DESPERTA FERRA



EDICIONES

Agradecimientos



La presente obra supone la culminación de las reflexiones acerca de la historia militar germana de toda mi carrera. Es el libro que me hubiera gustado que existiera en mis inicios, hace más de treinta años. Desde la década de 1980, el campo ha experimentado una transformación gracias al pensamiento crítico en torno a la guerra, que sitúa el estudio del conflicto dentro de su contexto humano más general, así como por mediación de intentos más recientes de reconectar esa dimensión más amplia con el debate de cómo las fuerzas armadas se organizan y dirigen las contiendas. El presente volumen aspira a combinar ambos enfoques en un relato exhaustivo de los cinco siglos precedentes. Semejante empresa habría sido imposible sin los trabajos de generaciones de eruditos, de cuyos trabajos me he beneficiado. De forma más inmediata y personal, he tenido la gran suerte de recibir el consejo de muchos y generosos colegas. En particular quiero agradecer a Rick Schneid y Jack Gill por compartir sus investigaciones acerca de las cifras de efectivos germanos durante las Guerras Napoleónicas, así como a François Bugnion, Mary Sarotte y Adam Storrington, quienes tuvieron la amabilidad de enviarme material de utilidad o encaminarme hacia obras que había pasado por alto. Jan Tattenberg leyó extensas secciones del borrador y me proporcionó valiosos comentarios y sugerencias. Klára Andresová Skoupá fue de gran ayuda con la literatura en lengua checa. Simon Winder, de Penguin, prestó un entusiasta apoyo al proyecto desde el principio y me proporcionó un sinnúmero de lúcidos comentarios y sugerencias con respecto al conjunto de la obra. También estoy agradecido a Kathleen McDermott y al personal de Harvard University Press por dar el libro a la imprenta en Estados Unidos y a James Pullen, de Wylie, por el apoyo prestado durante todo el proceso. Cecilia Mackay y Danielle Nihill convirtieron

en realidad una lista de deseos de ilustraciones, las minuciosas revisiones de Richard Mason eliminaron numerosos errores e incongruencias e Ian Moores transformó mis indicaciones en bellos mapas de gran claridad. Estoy en deuda con Rosie por su amor, buen humor y apoyo, sin el cual dudo que hubiera podido terminarla.

Peter Wilson, febrero de 2022



Nota acerca de los términos empleados

Los términos «alemán», «Alemania» y «tierras alemanas» se usan en el presente libro por razones de conveniencia para delimitar espacios políticos y sus habitantes. No pretenden indicar que estos lugares y localidades fueran necesariamente germanoparlantes, ni que estos se identificaran como «alemanes». Los topónimos y los nombres de emperadores, reyes y otras figuras históricas conocidas aparecen en la forma más habitual empleada en los textos en español. Para las localizaciones centroeuropeas, utilizaré en general la versión germana, aunque en Occidente utilizaré la francófona (Estrasburgo, no Straßburg). Los nombres de la realeza se identifican por la forma en español. Por lo demás, se emplea la versión del alemán moderno. El término «imperio» se utiliza en toda la obra para el Sacro Imperio Romano Germánico para diferenciarlo de otros imperios, tales como el otomano o la Francia napoleónica. De igual modo, los «Estados» identifican grupos sociales corporativos como la nobleza y el clero y las asambleas de dichos grupos. Los términos extranjeros aparecen en cursiva y se explican la primera vez que se mencionan. También es posible consultar términos y sus definiciones por medio del índice.

La moneda se presenta en su forma histórica. Para los tres primeros siglos tratados en la presente obra hay dos monedas principales: el tálero de plata, del sur de Alemania; y el florín de Austria, para el norte de Alemania. La tasa teórica de cambio era de 1,5 florines por tálero. La Alemania imperial adoptó el marco (M) a partir de 1871, que fue valorado (en 1873) en 3 táleros. Austria reformó su divisa en 1858; 100 nuevos florines equivalían a 105 antiguos florines. En 1892, sustituyó el florín por la *Krone* [corona], equivalente a 2 florines. La Primera Guerra Mundial desestabilizó el marco germano, que fue reemplazado por el *Reichsmark* (RM) en 1924, también introducido en Austria después de la anexión de 1938. La división de pos-

guerra de Alemania condujo a la adopción del *Deutsche Mark* (DM) en Alemania Occidental y el *Mark* (M) en Alemania Oriental. El DM fue sustituido en 2002 por el euro (€). Suiza careció de una moneda estandarizada antes de la introducción del franco en 1798, aunque este no tuvo un valor uniforme en todos los cantones hasta 1850.



Introducción

HIERRO Y SANGRE

«No es por medio de discursos y decisiones mayoritarias como se deciden las grandes cuestiones del presente –tal fue el gran error de 1848 y 1849–, sino por el hierro y la sangre [Eisen und Blut]». ¹ Estas palabras proceden del célebre discurso de Otto von Bismarck al comité presupuestario de la dieta prusiana del 30 de septiembre de 1862, con el que trató de convencer a los diputados para que incrementaran el gasto militar. La parte final se cambió de inmediato a «sangre y hierro», una cita errónea, que, repetida en la época y en etapas posteriores, se convirtió en sinónimo del militarismo germano, mientras que Bismarck pasó a conocerse como el canciller de hierro, quien sostenía que la guerra era el único modo de unificar Alemania. Un examen más detallado nos revela que esto es la caricatura de una historia mucho más compleja e interesante.

Bismarck había redactado su discurso con sumo cuidado para apelar a los diputados, en su mayoría liberales partidarios de transformar Alemania en un Estado nacional gobernado por una democracia parlamentaria. Buscaba recordar a sus señorías las realidades del poder; que la influencia de Prusia dependía del sostenimiento de su capacidad militar, no de proporcionar liderazgo ideológico. Bismarck se estaba refiriendo al poema «La cruz de hierro», de Max von Schenkendorf, voluntario de la guerra de liberación de 1813 contra la Francia napoleónica, que escribió: «Solo el hierro puede salvarnos, solo la sangre puede redimirnos de los pecados de las pesadas cadenas, del orgullo de los malhechores». ²

Al igual que hicieron con otros poetas de esa era, los nazis se apropiaron de la obra de Schenkendorf para dotar de fundamentos culturales a su ideología. El título del poema se refería a la nueva medalla por servicios

al Estado creada por el rey de Prusia, Federico Guillermo III, a quien sus oficiales liberales habían empujado a romper la alianza con Francia. Aunque Schenkendorf reconocía el liderazgo del monarca, sus versos hacían referencia a la herencia teutónica de Prusia, al cristianismo y al paisaje. Sus otras obras muestran el idealismo juvenil y romántico característico de su tiempo y son lo bastante ambiguas como para ser usadas por cristianos, socialdemócratas e incluso modernos anuncios de coches y ropa.

La carrera de Bismarck estaba en entredicho. Apenas llevaba una semana en el cargo cuando el rey de Prusia le requirió que rompiera el bloqueo del presupuesto militar. Su referencia a 1848-1849 es un ataque evidente a los liberales germanos que dominaban en el Parlamento nacional convocado en Fráncfort en esa época y que, a pesar de ello, no habían sido capaces de crear un Estado unificado. Sus palabras no ejercieron el efecto deseado. Los diputados rechazaron su llamamiento a incrementar el gasto militar y precipitó a Prusia a una crisis constitucional de la que solo pudo escapar tras librar dos contiendas victoriosas, en 1864 y 1866. Estos conflictos, considerados parte de las «Guerras de Unificación de Alemania», dividieron la Confederación Germánica mediante la expulsión violenta de Austria y dejaron un legado que perturbó Europa central durante el siglo siguiente. El discurso de Bismarck provocó la alarma de su señor político, el rey Guillermo I, pues temía que se propusiera resolver los problemas de Alemania por la fuerza. Aunque el monarca disfrutó de la condición de líder nominal de la victoria sobre Francia de 1870-1871, numerosos alemanes no sentían gran entusiasmo por ir a la guerra.³

Este discurso, y su recepción, ejemplifica el argumento central del presente libro: no cabe duda de que el militarismo ha sido un elemento integral del pasado germano y ha conformado el modo en que los alemanes han dirigido sus contiendas; sin embargo, esto no era ni un destino inevitable ni la única trayectoria posible. Las siguientes páginas tratan de ofrecer un relato accesible de la historia militar de la Europa de habla germana durante los cinco últimos siglos, enmarcado en la historia general de la evolución de la guerra, por tierra, mar y aire. Busca subrayar qué hizo diferente la experiencia bélica germana y qué tuvo en común con otros países de Europa y, cuando sea adecuado, con el resto del mundo. Todo el libro integra la historia militar dentro del desarrollo en general, ya sea político, social, económico y cultural, de lo que hoy es Alemania, Austria y Suiza.

¿UN MODO ÚNICO DE HACER LA GUERRA?

La historia militar alemana es inmensamente popular. No faltan libros acerca de las guerras, campañas, generales, armas y el militarismo germano. La mayor parte de estas obras solo trata el periodo 1914-1945, seguida, muy de lejos, por los cincuenta años precedentes, la época de la Alemania impe-

rial. En conjunto, podría decirse que la etapa anterior a la década de 1860, si es que es llega a tratarse, se presenta como una mera introducción al «surgimiento de Prusia», no como parte integral de una historia mucho más extensa. Un gran número de libros son estudios especializados, a menudo muy técnicos, en particular los que tratan de armamento, uniformes y tácticas. La mayoría son soberbios en su campo concreto, si bien un número considerable de ellos recicla interpretaciones manidas y detalles factuales —a menudo— inexactos.

Esta obsesión por la era de las dos contiendas mundiales anquilosó el debate y congeló la historia militar germana en un marco anacrónico y teleológico, que, surgido a finales del siglo XIX cristalizó tras 1945. Este enfoque proyectó el mito de un modo «específicamente germano» de hacer la guerra, en teoría predeterminado por la situación geopolítica de Alemania en el corazón de Europa, donde se hallaba rodeada de vecinos hostiles. Existía la creencia generalizada de que los alemanes estaban, en cierto modo, predisuestos de manera natural a la guerra de agresión, porque tenían ser cercados y aspiraban a expandir su «espacio vital». Esto, a su vez, promovía un modelo político de singular autoritarismo, pues solo un «Estado potencia» podía movilizar los recursos necesarios para desarrollar y sostener la necesaria capacidad de «golpear primero». En lo operacional, las contiendas germanas debían ser *Blitzkrieg* [guerra relámpago] para ganar victorias rápidas y decisivas antes de que sus enemigos pudieran concentrar su superior número contra ellos. Las fuerzas armadas alemanas buscaban la eficiencia técnica y la superioridad tecnológica para ganar una ventaja relativa sobre sus numerosos adversarios. Para tal fin se confiaron a profesionales que operaban fuera del control político, todo lo cual tuvo consecuencias fatales para la sociedad alemana y la paz del conjunto de Europa.⁴

Esta interpretación se convirtió en una ortodoxia casi inamovible, en particular debido a que las instituciones castrenses germanas, como el Estado Mayor General, fueron modelos muy imitados a partir de la década de 1870. Los avances alemanes eran varas de medir del rendimiento y la eficiencia de las fuerzas armadas de otros países. El ejemplo teutón ha ejercido una profunda influencia en los debates desde la década de 1970, acerca de si existe —o debería existir— un modo estadounidense de hacer la guerra. Deslumbrados por el espejismo de la *Blitzkrieg*, la Administración Bush de la década de 1990 fomentó un modelo de «guerra moderna» de alta tecnología y gran precisión científica, que buscaba establecer una ventaja permanente sobre los adversarios. Las fuerzas armadas chinas, por el contrario, han dejado a un lado su anterior admiración por los métodos germanos y ahora consideran que su fracaso de 1914 es una advertencia de que no se debe ir a la guerra con solo un gambito inicial y sin un plan estratégico.⁵

Los historiadores de izquierdas, más escépticos, tampoco han hecho mucho por cuestionar esta interpretación, puesto que refuerza la interpreta-

ción popular de que la sociedad germana se militarizó y «feudalizó» durante el siglo XIX, lo cual preparó el terreno para la Primera Guerra Mundial y, en último término, para Hitler y el Holocausto. Con frecuencia, los autores adoptan una explicación cultural, que arraiga el militarismo germano en la «sangre y tierra» de Prusia, lo cual invierte los términos de la celebración de estas mismas características de los nacionalistas decimonónicos. En función de la perspectiva, los aristócratas prusianos son o serviles o independientes, pero siempre implacables, mientras que sus soldados son, por algún motivo desconocido, «guerreros naturales». Este controvertido enfoque ha vuelto a respaldarse en fechas recientes por la derecha política, como fuente de inspiración para las fuerzas armadas germanas de hoy.⁶ Se consideraba que el ejército era un «sistema cerrado» que permanecía aislado, aunque, al mismo tiempo, sus valores marciales permeaban al resto de la sociedad y conformaban sus valores.⁷

Ha llegado el momento de descongelar la historia militar alemana y ponerla a la altura de los estudios que se están haciendo del resto del pasado germano. Numerosas décadas de investigación han producido una visión mucho más matizada y sofisticada de la Europa de habla germana. Buena parte de estas obras ha abordado un enfoque comparativo, que cuestiona que la evolución de Alemania deba describirse como una senda especial (*Sonderweg*) de extraordinaria beligerancia y autoritarismo, que se desvía de la del resto de Europa.⁸ En todo caso, es «especial» por el hecho de que la evolución de Alemania se caracterizó por una descentralización político-militar mucho más prolongada que en la mayoría de países europeos. Los vínculos habituales entre estructuras políticas y organización militar se desmoronan cuando vemos que los países en general asociados a la democracia liberal, como Gran Bretaña y Francia, establecieron monopolios de violencia desde el primer momento, en tanto que en Alemania se caracterizaron, hasta entrada la década de 1870, por una política y una seguridad colectiva descentralizadas.

Por encima de todo, el interés reciente en la historia global y en la evolución transnacional plantea validas cuestiones de si sigue siendo correcto escribir historia militar «nacional». Un asunto de particular importancia para el pasado germano, dados los orígenes de la Alemania moderna, muy recientes. No existe una razón que nos obligue a enmarcar la historia militar germana en la geografía política surgida a partir de 1866, como tampoco la existe para la historia social, económica, religiosa o cultural de Alemania. Para ello, el presente libro abarcará la historia militar de las regiones de Europa central que hayan estado bajo el predominio político germanoparlante durante todo, o parte, de este marco temporal, esto es, el área aproximada de las actuales Alemania, Austria y Suiza.

Este enfoque geográfico extenso corrige una gran deficiencia presente en las pocas historias militares generales de Alemania, todas las cuales

siguen un enfoque teleológico, que presenta la historia alemana como el ascenso y la caída de Prusia.⁹ Algunas obras llegan incluso a trazar una continuidad desde Arminio, vencedor de las legiones de la Antigua Roma, hasta el mismo Hitler.¹⁰ La mayor parte, sin embargo, trunca la historia germana al hacerla comenzar en la década de 1640, que suele considerarse, de forma inexacta, la del «nacimiento» del ejército prusiano. Todo el pasado castrense germano se lee a través de la lente de la experiencia prusiana, de modo que buena parte de dicha experiencia está mal comprendida, al no enmarcarse dentro del contexto general, germano y europeo.

La evolución institucional se presenta como la historia de un ejército prusiano-germano unificado, si bien, con anterioridad a la violenta destrucción de la Confederación Germánica, Prusia solo había librado dos guerras –la «guerra de las vacas» de Düsseldorf de 1651 contra el Palatinado y la intervención en la revuelta patriota neerlandesa de 1787– sin la colaboración de, al menos, otro territorio germano; incluso en 1866 recibió la asistencia de seis pequeños principados. El poder militar, lejos de proyectarse por un Estado centralizado, siguió estando descentralizado la mayor parte de la historia germana. Hacer la guerra fue una actividad colectiva durante todo el Sacro Imperio y en el periodo de sus sustitutos federales, de 1806-1813 y 1815-1866. Incluso el Imperio alemán de 1871-1918 conservó un sistema de contingentes, con ejércitos independientes para Baviera, Wurtemberg y otros Estados.

Aún más importante: Prusia no fue la principal potencia militar «germana» hasta las postrimerías del siglo XIX. Hasta entonces, la monarquía habsburgo austriaca siempre tuvo un ejército más grande y se consideraba un modelo más deseable por muchos, tanto en el mundo político germanoparlante como en otros países de Europa. Pese a que sirvieron como soldados más suizos que prusianos en relación con el porcentaje de la población, la historia solo tiende a acordarse del «militarismo germano». Por el contrario, la dimensión marcial de la historia suiza, y, en particular, de la austriaca, ha sido indebidamente desatendida.¹¹ Al liberar la historia militar de anacrónicos marcos nacionalistas, podemos explorar estas narrativas desde nuevas perspectivas. Este enfoque más general nos revelará cómo las ideas, prácticas, instituciones y la tecnología se transfirieron no solo por toda la Europa central de habla germana, sino también entre esta región y otros confines de Europa y del mundo. Solo entonces podremos determinar si existió un modo alemán de hacer la guerra y cuál puede ser su significado histórico general.

PLAN GENERAL

El libro combina cronología y temática. La primera es importante para trazar la evolución a largo plazo, mientras que la segunda permite explorar as-

pectos clave con mayor profundidad. La cronología busca deshacer de forma deliberada el relato estándar, que sigue el ascenso de Prusia y culmina en las dos conflagraciones mundiales. Estos conflictos son, sin duda, relevantes y tendrán una marcada presencia, aunque la visión de conjunto solo puede verse cuando el marco temporal abarca desde mucho antes de la década de 1640 y también más allá de 1945. La Alemania reunificada en la década de 1990 ha existido casi tres veces más tiempo que el Tercer Reich, mientras que la era de paz posterior a 1945 es más extensa que el periodo que va de 1871 a 1945. A pesar de ello, la historia militar de la República Federal de Occidente y su rival comunista oriental, entre 1949 y 1990, todavía no se ha integrado con la historia militar previa a la Segunda Guerra Mundial.

Una de las grandes ventajas de este enfoque más prolongado es que permite una evaluación más exhaustiva de los hechos que suelen considerarse «puntos de inflexión» de la historia germana, tales como la Paz de Westfalia de 1648, el ascenso al trono de Federico el Grande en 1740, la derrota de Prusia en Jena en 1806 y su victoria sobre Francia en Sedán en 1870, la derrota total de 1918 y la «hora cero» de 1945, todos los cuales se han designado mediante un estrecho enfoque en la alta política. Una de las tareas principales será evaluar hasta qué punto las victorias y las derrotas han «hecho» la historia germana y así situar a la guerra en el contexto general del pasado teutón.

Con demasiada frecuencia, los relatos existentes se concentran en los éxitos y tienden a resaltar la mayor agresividad o superior organización, real o supuesta, en particular del Estado Mayor General y sus métodos de mando y control, representantes de un supuesto «genio para la guerra» singular. A pesar de que este enfoque ha desaparecido de la mayoría de obras en lengua germánica, continúa estando muy arraigado en las anglófonas, muchas de las cuales celebran abiertamente los métodos prusiano-germánicos.¹² Estas tienden a interrumpir el relato en el momento en que los éxitos del inicio dejan paso a costosas contiendas de desgaste que finalizan en tablas –por ejemplo, Prusia en la Guerra de los Siete Años– o en un desastre total –ambas contiendas mundiales–. Un examen más detallado de la derrota revela que lo que diferencia a los métodos prusiano-germánicos entre mediados del siglo XIX y mediados del XX era un foco obsesivo en cómo lograr una rápida victoria, no en qué hacer con dicho éxito, o qué hacer cuando no se lograba.¹³ Es más, este enfoque solía deberse a la preocupación de que el país no podía permitirse un conflicto prolongado, más que en la creencia en la validez del uso de la fuerza para lograr objetivos políticos. De hecho, de forma casi invariable, existía una desconexión fatal entre planes militares y una estrategia nacional general, lo cual llevaba a descuidar otras líneas de acción tal vez más fructíferas.

Por esta razón, la cronología del libro está estructurada en cinco partes determinadas, en cierto modo, por las formas de organización y práctica

militar que predominaba en cada siglo, así como su relación con las estructuras sociales, económicas y políticas. Comenzar por el siglo XVI nos permite seguir a Alemania, Austria y Suiza desde sus orígenes comunes en el Sacro Imperio Romano, en un momento en que la guerra en Europa experimentaba profundos cambios. Aunque la Europa medieval no carecía de conflictos, las contiendas solían ser intermitentes y localizadas. A finales del siglo XV surgieron mecanismos de movilización y empleo de recursos de una forma más sostenida y coordinada. Sin embargo, en Alemania esto no se logró por medio de la creación de un Estado nacional unificado, sino por medio de estructuras colectivas y multilaterales. La autonomía, no la centralización, siguió siendo la característica política primordial hasta el siglo XX y resurgió en forma modernizada tras las dos guerras mundiales, consagrada en el federalismo de las repúblicas alemana, austriaca y suiza.

La consolidación institucional del Imperio se aceleró entre 1480 y 1520 con la creación de nuevos mecanismos para reunir hombres y dinero para la guerra, así como para resolver disputas entre las múltiples autoridades políticas. Todas utilizaban una variante del sistema de movilización de tres escalones, formado por una leva selecta de hombres jóvenes apoyada por dos categorías de reservas. Aunque experimentó muchas modificaciones, este método siguió siendo la forma de reclutar soldados hasta entrado el siglo XX. Estas estructuras, y la cultura política que fomentaban, ejercieron una poderosa influencia sobre los hechos posteriores, en particular al sancionar la existencia de numerosos «señores de la guerra» (*Kriegsherren*) con posesión legítima de fuerza armada.

En el otro extremo del marco temporal del libro, adquiriremos nuevas perspectivas acerca de las dos contiendas mundiales si las vemos dentro del progreso general del siglo XX, en lugar de como resultados inevitables de los fallidos intentos de unificación bajo la Alemania imperial entre 1871 y 1914. Otra de las grandes ventajas de esta estructura es que abarca tanto la paz como la guerra. Hasta ahora, los debates en torno al «modo alemán de hacer la guerra» se han centrado en exclusiva en la forma en que se dirigen las contiendas una vez iniciadas las hostilidades y no en los periodos, a menudo extensos, de paz relativa, como los de 1553-1618, 1815-1848, 1871-1914 o de 1945 al presente. Los Estados germanos, Prusia incluida, no eran en absoluto los únicos que se preparaban para la guerra. Todos los países europeos hacían planes para futuros conflictos y es al contextualizar correctamente la experiencia germana cuando podemos ver que muchas de las afirmaciones que sostienen el carácter excepcionalmente militarista de su pasado son una exageración.

Estos argumentos suscitarán controversia, por lo que debo dejar claro desde el principio que la presente obra no busca blanquear la historia alemana o minusvalorar la destrucción provocada por los ejércitos germanos, en particular durante la Segunda Guerra Mundial. Como declaró el presidente

federal Joachim Gauck el 26 de enero de 2015: «No existe la identidad alemana sin Auschwitz».¹⁴ El enfoque comparativo busca contextualizar la experiencia germana, no relativizarla mediante un burdo recuento de víctimas mortales, similar a la «disputa de historiadores» de la década de 1980, en la que se comparó a Hitler, Stalin y Pol Pot. Es más, el adjetivo «alemán» es una cómoda solución para abarcar las regiones de Europa situadas en Estados regidos por dirigentes de habla alemana. El presente libro rechaza de forma explícita que los alemanes posean unas «cualidades marciales» peculiares a causa de su relación con su «sangre y tierra». De hecho, no tiene sentido hablar de historia militar «alemana» sin incluir la experiencia de los millones de personas que hablaban otros idiomas. Esto no solo es válido para Suiza y para la monarquía habsburgo, sino también para Prusia, que siempre tuvo una numerosa población de habla polaca y lituana.

Cada una de las cinco partes cronológicas del libro está subdividida en tres capítulos que siguen temas clave a través del tiempo, a la vez que proporcionan un relato. El capítulo inicial de cada parte aborda de forma cronológica la relación entre guerra y política y se centra en por qué se libraron los conflictos y hasta qué punto la historia germana «se hizo sobre el campo de batalla». El capítulo central de cada parte examina la ejecución de mando, planes e inteligencia, así como la forma en que dichos continentes se reclutaban, organizaban, equipaban y entrenaban. La sección final de estos capítulos abarca la guerra naval, con una sección adicional en el siglo XX –Capítulo 14– acerca del poder aéreo. El tercer capítulo de cada parte examina las actitudes hacia la guerra, la motivación y estatus legal de los soldados, su relación con la sociedad, así como el impacto demográfico y económico de la guerra.

NOTAS

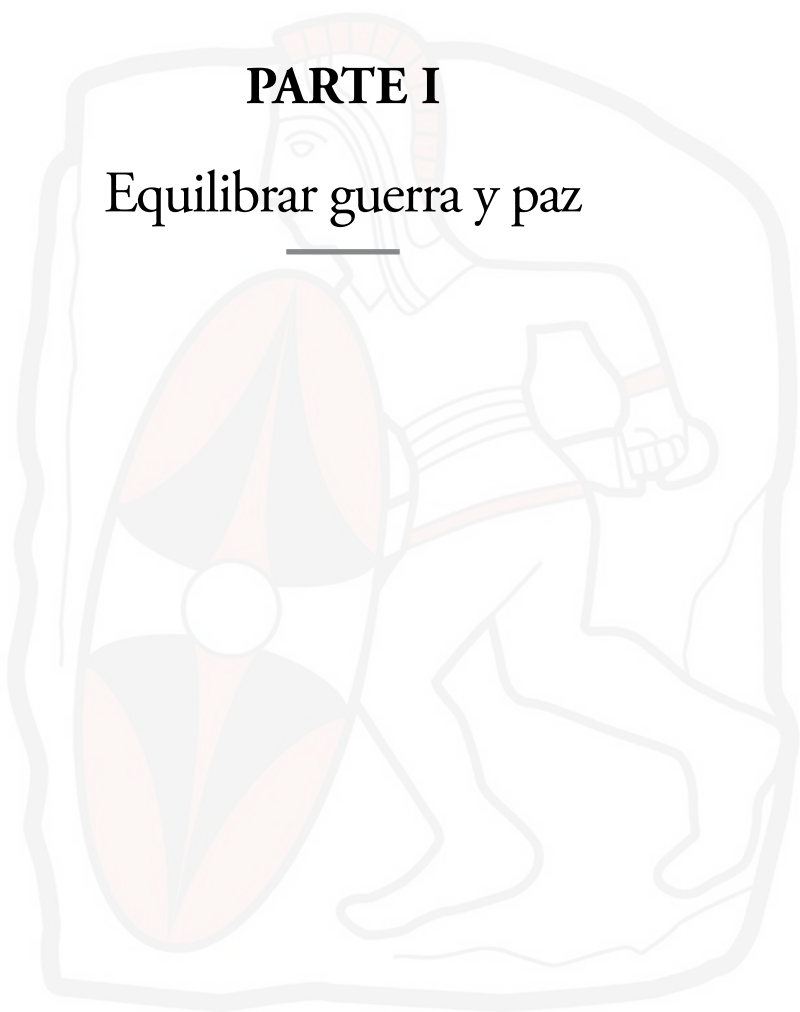
- 1 Bismarck, O. von, 1924-1935, vol. X, 139-140.
- 2 «Denn nur Eisen kann uns retten, uns erlösen kann nur Blut von der Sünde schweren Ketten, von des Bösen Übermut». *Vid.*, en general, Hagen, E.A., 1863.
- 3 Jähne, A., 2002, 76-82.
- 4 Wintjes, J., 2019, 100-120; Dupuy, T.N., 1984; Görlitz, W., 1953; Citino, R.M., 2005 y Citino, R.M., 1999.
- 5 Qiyu, X., 2017. El autor es oficial del Ejército Popular de Liberación de China.
- 6 Hull, I. V., 2004; Citino, R.M., 2017, esp. 307-311; Willems, E., 1986; Laffin, J., 2003, esp. 254-256. Esta visión positiva proviene de Neitzel, S., 2020.
- 7 Como argumenta, por ejemplo, Haldén, P., 2016, 163-182.
- 8 Las versiones clásicas de esta tesis incluyen las obras de Wehler, H. U., 2008 y Fischer, F., 1990. Para una revisión reciente e influyente del *Sonderweg*, *vid.*

- Winkler, H.A., 2006-2007. Un examen esencial de este debate en Kocka, J., 2018, 137-142; Walser Smith, H., 2008, 225-240; Hagen, W.W., 1991, 24-50.
- 9 Kitchen, M., 1975; Citino, R.M., 2005, esp. xiii; Kolkey, J.M., 1995; White, J.R., 1996; Perrett, B., 2014; Simpson, K., 1985; Hermann, C.H., 1968.
- 10 Por ejemplo, Stone, D., 2006, 19.
- 11 Existen importantes proyectos de investigación que están corrigiendo esto para la historia suiza de inicios de la Era Moderna. Véase también Jaun, R., 2019, que cubre el pasado más reciente. Acerca del descuido premeditado de los historiadores austriacos del pasado marcial de su país, *vid.* Hochedlinger, M., 2001, 207-213. Aunque representa un intento de corregir esto, la obra de Bassett, R., 2015, es un relato convencional cargado de errores.
- 12 Este tema también se aborda en Astore, W.J., 2011, 5-30; Smelser, R. y Davies, E.J., 2008. Neitzel, S., *op. cit.*, descontextualiza la *Wehrmacht* del Holocausto y deja espacio para admirar su eficiencia implacable.
- 13 El argumento de que la doctrina germana se concentra sobre todo en la táctica, no en la estrategia, ha sido defendido por otros, por ejemplo Macksey, K., 1996.
- 14 [<https://www.bundespraesident.de/SharedDocs/Reden/DE/Joachim-Gauck/Reden/2015/01/150127-Bundestag-Gedenken.html>].

DESPERTA FERRO

PARTE I

Equilibrar guerra y paz



EDICIONES

CAPÍTULO 1

Señores de la guerra

PODER MILITAR Y AUTORIDAD POLÍTICA

El Sacro Imperio Romano Germánico

En la Europa de finales de la Edad Media, la potestad para el empleo de la fuerza estaba muy repartida. Para los autores decimonónicos, esta autoridad residía en una peligrosa combinación de barones ladrones y pequeños tiranos. El progreso vino con el surgimiento de monarcas poderosos que consolidaron Estados definidos por su «monopolio de la legítima violencia». Tales personajes incluían a Luis XI de Francia, Enrique VII de Inglaterra, Matías Corvino de Hungría y Fernando e Isabel de España, todos los cuales accedieron a sus tronos después de prolongadas contiendas civiles. A todos ellos se les asocia con la creación de poderosas «nuevas monarquías». La cartografía del siglo XIX remarcó este hecho y mostró estos países con bloques de sólidos colores, que contrastaban con el colorido mosaico del Sacro Imperio Romano Germánico, que abarcaba el corazón de Europa.

Aunque las diferencias no eran tan marcadas como sugieren los mapas o los relatos grandiosos, la visión al uso subraya la considerable dispersión del poder militar en las tierras germanas tardomedievales, donde existía una multitud de señores de la guerra, desde el emperador a los concejos municipales. En alemán, el término *Kriegsherr* define una autoridad política legítima dotada de poder militar. Carece del sentido peyorativo de su equivalente inglés, *warlord*, que implica el uso personal de poder militar para imponer y ejercer la autoridad política. La presencia de tantos señores de la guerra era una característica diferenciadora, aunque no necesariamente una debilidad. Por el contrario, representaba una forma diferente de hacer la guerra, que, a su vez, reflejaba las características del Imperio como entidad

política en la que el poder estaba disperso y compartido, no monopolizado por el centro.

Todos los Estados europeos de finales de la Edad Media se encontraban con tres formas de violencia: los problemas de la imposición de la paz, proporcionar recursos para la defensa externa y regular las actividades marciales de sus súbditos más allá de sus fronteras.¹ El peculiar carácter de las estructuras políticas alemanas y suizas hizo que estas cuestiones fueran tratadas de forma diferente a las monarquías de occidente. Francia, España y los Estados italianos constituían una excepción en la Europa de las postrimerías del siglo XV, pues contaban con ejércitos permanentes, mantenidos tanto en tiempos de guerra como de paz. La obtención de tales contingentes, junto con la construcción de las instituciones y de los sistemas tributarios necesarios para su sostenimiento, ha sido considerado un paso necesario hacia el Estado moderno.²

En realidad, existía una considerable hostilidad a que los gobernantes cristianos hicieran preparativos bélicos en tiempo de paz. La guerra, salvo cuando era contra otomanos e infieles, se consideraba un último recurso. Era aceptable que algunos habitantes tuvieran que entrenarse y poseer armas, pero se consideraba que mantener soldados profesionales debía ser un gasto excepcional. Cuando era necesario se podían reclutar contingentes, pero permanecer armado en tiempos de paz les parecía extravagante y una ofensa a Dios. La verdadera diferencia entre el Imperio, y también Suiza, y muchos otros Estados europeos no es que *fracasaran* en el intento de desarrollar fuerzas permanentes bajo control central, sino que *lograron* que la idea tardomedieval cubriera de forma aceptable sus necesidades.

El Imperio proporciona el marco político de la Europa central germánica en tres de los cinco siglos que abarca el presente libro. Los Estados posteriores de Austria, Suiza y Alemania surgieron de este. Era «sacro» gracias a sus orígenes como protector secular del Papado desde el año 800, así como por la presencia de los señores eclesiásticos católicos, que respondían al nombre colectivo de «Iglesia imperial» y que controlaban alrededor de la séptima parte de su territorio. Era «romano» porque reclamaba ser la continuación directa de la Antigua Roma imperial y porque heredó la pretensión de dicho imperio de establecer un orden paneuropeo.³

El Imperio, tras su importante expansión oriental en la Alta Edad Media, se contrajo algo al oeste y al sur a partir de 1250, con lo que asumió un carácter más inequívocamente «germano», si bien esto siempre se definió más desde un punto de vista político que lingüístico o cultural. Aunque a finales del siglo XV las palabras «de la nación germana» fueron añadidas al término Sacro Imperio Romano, esto nunca llegó a ser su título formal y siempre se aceptó que muchos de sus habitantes hablaban otras lenguas. Salvo algunos intelectuales, muy pocos consideraron que esto fuera un problema antes de la desaparición del Imperio, en 1806.

Nunca fue un reino centralizado. Por el contrario, el Imperio evolucionó a través de una serie de fases definidas por las diferentes relaciones entre su élite señorial. La distinción entre gobierno hereditario y electivo era borrosa en muchas monarquías, con lo que numerosos reinos europeos sufrieron la inestabilidad y cambios de dinastía correspondientes. El carácter electivo de la monarquía imperial, no obstante, se hizo aún más pronunciado. Después de 1356, la potestad quedó limitada a siete príncipes, que recibían el apropiado título de «electores», mientras que la cifra de candidatos potenciales se redujo aún más y la medida de elegir a un «rey de romanos» permitía al emperador vigente obtener el reconocimiento de su hijo como sucesor designado.

La política imperial siempre contuvo relaciones verticales, entre señor y vasallo, y elementos colectivos de asociación horizontal. Los dos elementos no eran necesariamente contradictorios, por lo que no debemos simplificar en exceso la cuestión reduciéndola a un dualismo entre emperador y príncipes. Ambos eran interdependientes. Los príncipes no buscaban reducir al emperador a una figura decorativa, ni escapar a la autoridad imperial. No solo era que sus territorios fueran, en general, demasiado pequeños para que fuera viable una existencia independiente, sino que su valía personal dependía de su estatus de príncipes imperiales, que les otorgaba derechos y privilegios en el seno del extenso Imperio. Podían llegar a violentos desacuerdos con el emperador o con sus vecinos, pero no cuestionaron la existencia del Imperio hasta poco antes de su fin. Es más, el legado imperial mantuvo su autoridad moral y legal mucho más allá de 1806, el año de su desaparición formal.

El poder del emperador dependía de las circunstancias y de lo bien que cada mandatario supiera gestionar los diversos retos. El siglo XV fue testigo de la consolidación de una jerarquía interna que se hizo más rígida una vez fue detallada por escrito en documentos constitucionales que marcaban cuatro niveles de autoridad. El emperador era el señor supremo y el único monarca europeo con un título imperial. Compartía prerrogativas clave con los principales señores y ciudades, que se distinguían por su carácter «inmediato», esto es, no había un nivel intermedio de autoridad entre ellos y el emperador. Este colectivo constituía los «Estados imperiales» (*Reichstände*) con derecho a reunirse en el *Reichstag* (dieta imperial) cuando su señor los convocase. El emperador era a la vez monarca y un Estado imperial gracias a sus posesiones hereditarias. En 1500-1512 se creó un nuevo nivel intermedio, una vez que la mayoría de Estados imperiales fueron agrupados por regiones en diez *Kreise* (círculos imperiales) con lo que se estableció una arena adicional en la que debatir y coordinar políticas y reunir tropas y dinero para la acción común.⁴

El colectivo de los Estados imperiales, además de actuar en el nivel del Imperio y de *Kreis*, también constituía el tercer nivel «territorial», como

gobernantes de sus feudos imperiales inmediatos. Si bien se les conocía como «los príncipes», se dividían en una jerarquía de tres grupos de estatus, formados por electores, príncipes –los cuales también incluían condes y algunos señores menores– y las ciudades gobernadas por magistrados elegidos por los burgueses con derecho a ello. La necesidad de reunir tropas y dinero para contener amenazas comunes como la insurgencia husita de Bohemia (1419-1434) obligó al *Reichstag* a reunirse con más regularidad en el transcurso del siglo XV.

Las ciudades y vasallos inmediatos que aceptaron estas nuevas responsabilidades se aseguraron su estatus de Estados imperiales hacia 1521, mientras que las que no pudieron o rehusaron descendieron al cuarto estrato político, el de autoridades mediadas. Estas incluían más de 50 000 familias nobles, numerosas instituciones eclesiásticas y alrededor de 1500 localidades dentro de las jurisdicciones de los Estados imperiales. En un proceso similar al del nivel imperial, muchas de estas autoridades menores ganaron representación en los Estados territoriales o provinciales (*Lands-tände*), en los que se debatía cómo cumplir con las cargas comunes, entre ellas las crecientes demandas de tropas y tributos por parte del Imperio.

El desarrollo de la seguridad colectiva

La forma en que el Imperio distribuía estas responsabilidades fue un factor clave para preservar esta compleja estructura tardomedieval y evitar que se convirtiera en una monarquía centralizada. En una época en la que era difícil cuantificar la riqueza, parecía más conveniente asignar cupos fijos a cada Estado imperial y dejar en manos de estos hallar la forma de reunir la cantidad exigida. Las cuotas eran registradas en listados «matriculares». Los de 1521 constituyeron la base para todos los cálculos subsiguientes.⁵ Esto repartía 4000 jinetes y 20 000 infantes entre los Estados imperiales, que debían proporcionarlos en especie o en efectivo, definido como el equivalente a la paga de un mes para este contingente. Dada la misión original de esta fuerza de escoltar al emperador a Roma, la sede tradicional de las coronaciones imperiales, los impuestos reunidos mediante este sistema eran conocidos como «meses romanos». El principal inconveniente era que estos cupos solo eran una aproximación al potencial real de cada territorio, de modo que, una vez fijados, era muy difícil persuadir a nadie para que aceptase revisarlos... ¡salvo, claro está, para reducirlos! De todos modos, la cuota podía ser solicitada por fracciones o múltiplos según se necesitase, con lo que el sistema encajaba con la cultura política del Imperio y, además, funcionaba bastante bien.

La autoridad militar, por tanto, estaba fragmentada más que monopolizada. Tanto el emperador como los Estados imperiales eran señores de la guerra, si bien el Imperio y sus *Kreise* también podían actuar de forma colectiva en calidad de tales. A partir de 1519, el emperador estuvo obliga-

do a consultar a los Estados imperiales antes de hacer la guerra en nombre del Imperio, aunque podía hacerla por cuenta propia con los recursos de sus tierras, muy extensas. Los Estados imperiales también podían reclutar y mantener tropas y la legislación adicional de 1555 empoderó a los *Kreise* para actuar por iniciativa propia en la coordinación de respuestas a amenazas inmediatas sin necesidad de obtener la autorización previa del emperador o del *Reichstag*.

Las alianzas ofrecían un vehículo adicional de cooperación militar y de seguridad. Los Estados imperiales podían unirse para fines comunes, aunque, al contrario que sus homólogos polacos o húngaros, los señores germanos carecían del derecho constitucional de resistencia, con lo que, para que fuera legal, todo acuerdo entre ellos debía ir encaminado al sostenimiento del Imperio. La más importante de estas alianzas fue la Liga de Suabia, fundada en 1488, que se convirtió en modelo de pactos posteriores. El emperador Federico III promovió esta Liga para contrarrestar el poder de la familia Wittelsbach en la Alemania meridional, si bien también sirvió su propósito oficial de sostener la paz pública. Su organización y prácticas hicieron una contribución significativa al desarrollo de la seguridad colectiva del Imperio.⁶ El *Kreis* también podía establecer alianzas, conocidas desde el siglo XVII como «asociaciones», que eran pactos formales de defensa. Las tierras habsburgo estaban segregadas en los *Kreise* de Austria y Borgoña. Ambos *Kreise* se componían, de forma casi exclusiva, de las posesiones de la familia sin casi ningún otro miembro, lo cual permitía a los Habsburgo utilizar esta estructura como les pareciera.

La paz pública perpetua acordada en 1495 en el *Reichstag* limitaba el uso interno de fuerza. La paz perpetua prohibía a los Estados imperiales utilizarla para resolver sus disputas. Aunque en el pasado se habían emitido legislaciones similares, esta vez fue mucho más efectiva debido al establecimiento de una corte suprema para arbitrar conflictos. Las nuevas estructuras judiciales e institucionales todavía no se habían establecido del todo cuando la Reforma, iniciada en 1517, consolidó un cisma permanente en la cristiandad occidental. Desde su célebre disputa con Lutero, en 1521, el emperador Carlos se rigió por la idea de que la misión imperial era salvaguardar el orden secular, por lo que dejó las cuestiones teológicas en manos del papa. Los luteranos fueron reprimidos, pero no por ser herejes, sino porque tomaban tierras y rentas de la Iglesia católica para financiar el establecimiento de sus propias estructuras eclesiásticas. Así pues, desde el comienzo, la pugna fue definida por la rivalidad entre los Estados imperiales por el acceso a los recursos de la Iglesia, que incluían las tierras, todavía sustanciales, de los príncipes eclesiásticos. Los príncipes y los magistrados urbanos que abrazaban la nueva fe se apresuraban a imponer su autoridad sobre quienes las seguían. Los movimientos más de base, como el de los anabaptistas, eran perseguidos de forma implacable. Esto hizo que los

conflictos religiosos pasaran a los estratos políticos superiores del Imperio, donde la teología era menos importante que poder demostrar el derecho a ejercer jurisdicciones específicas.

La «ejecución» o imposición de sentencias de los tribunales se confiaba a comisionados nombrados por el emperador o por los *Kreise*. La sanción capital era la proscripción imperial, según la cual el emperador declaraba al malhechor un fuera de la ley desprovisto de la protección del Imperio. Los que aplicasen dichas sanciones recibían recompensa a expensas del culpable, lo cual daba peso real al procedimiento, si bien también añadía posibles complicaciones políticas a su uso. Como es comprensible, la proscripción se utilizaba en contadas ocasiones. La respuesta habitual a la violencia era escalonada, con advertencias formales, citaciones a los tribunales, veredictos y, por fin, encomendar a uno o más Estados imperiales la imposición de la paz pública. Negociar era una opción posible en todas las fases, lo cual refleja el deseo generalizado de paz y consenso que guiaba la cultura política imperial.

A pesar de estos mecanismos de tutela, el Imperio siempre sufrió un problema de parasitismo. Los Estados imperiales rehusaban asumir cargas comunes aduciendo, a veces con razón, que necesitaban sus contingentes para hacer frente a amenazas más inmediatas. Los Habsburgo alegaban con regularidad que sus fuerzas, con independencia de dónde estuvieran desplegadas, representaban los contingentes de los *Kreise* de Austria y Borgoña. Otros protestaban por tener que contribuir por encima de sus posibilidades, o recibían exenciones especiales, si bien eran pocos los que presentaban objeciones de base política y, en general, la contribución del conjunto resistía bien la comparación con el porcentaje de tributos recaudado en las monarquías más centralizadas.⁷

Dependía de los Estados imperiales decidir cómo reunir los hombres y el efectivo requeridos. Las autoridades del siglo XVI, en general, recurrían al vasallaje para reclutar caballería y pioneros no combatientes, mientras que la milicia de infantería era reclutada por medio de otras obligaciones feudales. Ambos métodos fueron cada vez más complementados por profesionales a sueldo, algunos de los cuales fijos, aunque la mayoría era reclutada por medio de contratistas cuando se les necesitaba. Este método tenía ventajas e inconvenientes, y no fue un mero proceso de sustitución de la leva feudal por los profesionales (*vid.* págs. 56-66).

Austria

Hacia mediados del siglo XV, cuando los Habsburgo reemplazaron a los Luxemburgo como dinastía principal, Austria ya era la potencia preeminente del Imperio. Originarios de Suiza, los Habsburgo regían Austria desde 1279. Hacia 1358, para elevarse sobre los otros príncipes, los Habsburgo inventaron la dignidad única y casi regia de «archiduques». Sus extensas

posesiones eran lo bastante grandes para garantizar su continua reelección como emperadores, aunque no para sostener la gestión imperial sin la cooperación de los Estados. Este equilibrio experimentó un giro considerable entre 1516 y 1526, después de que la red de alianzas matrimoniales negociada por Maximiliano I diera sus frutos, con la obtención para los Habsburgo de España, Bohemia y una tercera parte de Hungría.⁸ Estas ganancias, sumadas a la adquisición de la mayor parte de Borgoña en 1493, dio a los Habsburgo posesión directa sobre más de un tercio del Imperio, así como muchas más tierras allende las fronteras imperiales. Esta expansión de recursos, no obstante, fue contrarrestada de sobra por la acumulación de nuevas amenazas, en particular la recuperación de Francia tras un largo periodo de guerras internas e internacionales y la reanudación de la expansión otomana por los Balcanes que provocó el colapso de Hungría.

Los Habsburgo, ávidos de un rol europeo más prominente, llegaron a un compromiso en el Imperio y aceptaron una mayor integración en las nuevas instituciones creadas desde la década de 1490 a cambio del reconocimiento de su estatus imperial y un modesto apoyo a sus actividades fuera del Imperio, en particular contra los otomanos. Este nuevo equilibrio fue formalizado por el acuerdo de 1519 entre Carlos V y los electores, que fue renovado, con modificaciones menores, en todas las elecciones imperiales subsiguientes. Las posesiones españolas de Carlos no fueron integradas en el Imperio —con la salvedad de las de Borgoña e Italia, que ya formaban parte—, lo cual le dejaba libertad para emplear sus recursos como le pareciera, si bien estaba obligado a consultar a los electores y al *Reichstag* si quería asistencia de los Estados imperiales.

Pronto fue evidente la dificultad de gestionar este vasto Imperio dinástico, en una época en la que el éxito político seguía dependiendo, en gran medida, de las relaciones personales entre el regente y las élites locales. Carlos reconoció que no podía estar en todas partes a la vez y delegó la dirección de sus dominios a sus familiares, que asumieron el título de virreyes. En 1521 entregó Austria a su hermano menor, el archiduque Fernando, que fue reemplazando a su hermano, a menudo ausente, en la dirección del Imperio.⁹

Alemania

Austria, Borgoña y Bohemia, a pesar de ser muy extensas y de estar subdivididas a su vez en provincias, constituían cada una un solo Estado imperial. El registro de 1521 enumera 402 Estados imperiales, con 7 electores, 83 principados, 226 condados, prioratos y otros señoríos y 86 ciudades. Además, había alrededor de 1500 feudos caballerescos con estatus de inmediatez imperial. Estas cifras se citan con frecuencia para ilustrar la imposible fragmentación del Imperio. Sin embargo, muchas de las entidades

de menor tamaño ya habían desaparecido durante el siglo XVI, suprimidas por señores superiores que disputaban su derecho al autogobierno, o, en el caso de cerca de la mitad de los 136 Estados eclesiásticos, habían sido secularizados por sus vecinos, entre ellos algunas tierras católicas como Austria. La cifra total de unidades políticas era aún menor, pues una misma familia podía acumular y concentrar territorios.

Resulta, por tanto, mucho más útil pensar en clave de conglomerados familiares, muy pocos de los cuales tenían importancia fuera del ámbito local. Los más importantes, además de los Habsburgo, eran los Wittelsbach, señores del Palatinado, Baviera, Zweibrücken y varios territorios vinculados, si bien su escisión en ramas rivales minó su influencia. Este mismo problema afectó a los Wettin de Sajonia a partir de 1485, así como a los Hohenzollern de Brandeburgo, situados en un lejano cuarto puesto de la clasificación de poder a pesar de haber heredado, en 1618, Prusia Oriental, antiguo territorio de la Orden Teutónica que, en 1525, fue secularizado y convertido en un ducado separado del Imperio bajo tutela polaca. Las cuatro familias, incluidos los Habsburgo, tenía diversas ramas menores que servían de reserva dinástica, disponibles para heredar si la rama principal se extinguía, aunque también podían ser difíciles de manejar.

La familia de los Güelfos (Welf) de Alemania septentrional era aún más diversa, si bien la línea de Hannover ascendería a puestos destacados a finales del siglo XVII. Las familias que regían Hesse, Wurtemberg, Baden y Nassau ocupaban, en conjunto, el sexto puesto, desde el que fueron ascendiendo poco a poco en el marco de los cambios jerárquicos del siglo XVIII, durante los cuales Austria y Prusia asumieron la condición de grandes potencias, mientras que Baviera encabezó un grupo de principados medianos, por encima de un número aún mayor de condes y príncipes menores, como los de la familia Sayn-Wittgenstein de Renania, cuyas diversas ramas regían, al final del siglo XVIII, un total de 467 kilómetros cuadrados y apenas 16 000 súbditos.¹⁰ En conjunto, estos principados medianos y pequeños constituían, junto con Austria y Prusia, una Tercera Alemania. Es evidente que los principados que sobrevivieron a la desaparición del Imperio en 1806 y se convirtieron en Estados independientes ya eran actores políticos principales en las postrimerías de la Edad Media. Si bien las sutilezas de las cambiantes relaciones entre estas familias principescas aportan gran riqueza a este periodo de la historia germana, sus elementos generales de continuidad no dejan de ser llamativos.

Suiza

La formación gradual de Suiza demuestra el poder del elemento asociativo de la política imperial, que compensó la falta de orígenes comunes del país.

La región francófona se originó en el antiguo reino carolingio de Borgoña, mientras que las zonas germánicas habían formado parte en el pasado del ducado de Suabia. El impacto de la geografía y el comercio complicaban aún más las divisiones lingüísticas y separaban a Suiza en sendos ejes, nortesur y este-oeste. No obstante, había pocos señores, la mayor parte de los cuales residía en otros lugares, con lo que la administración local era delegada en los concejos de aldeas y ciudades. La necesidad de tareas comunitarias tales como el mantenimiento de caminos y pasos impulsó a las aldeas a formar asociaciones de valles en las regiones montañosas del oeste y del centro. Las otras áreas se organizaron conforme al patrón, más habitual a finales de la Edad Media, de señoríos rurales dependientes de nobles o de ciudades francas.

Los orígenes de Suiza suelen remontarse al famoso «juramento de camaradería» (*Eidgenossenschaft*) de 1291, entre los tres valles comunitarios de Uri, Schwyz y Unterwalden. Este se expandió y abarcó otras áreas que asumieron su nombre de forma colectiva, si bien los términos «confederación» y «cantón» no empezaron a utilizarse de forma oficial hasta después de 1803. Cada expansión fue determinada por circunstancias específicas. No existía un concepto definido de lo que era Suiza, o de a quién debería pertenecer. La denominada «guerra de liberación» contra los señores Habsburgo se inició, en realidad, en 1315 como una disputa local por la rica abadía de Einsiedeln. Los Habsburgo toman su nombre del castillo de Habichtsburg, en lo que hoy es Argovia, y eran los más poderosos de los diversos señores absentistas. Lucharon en defensa de lo que consideraban su legítima jurisdicción, si bien estaban entretenidos con asuntos en otras regiones. La sucesión de derrotas habsburgo en Morgarten (1315), Laupen (1339), Sempach (1386) y Näfels (1388) solo tuvieron una importancia regional y, al contrario de lo que sostiene el mito popular, no consolidaron en el extranjero la reputación castrense suiza.

La Confederación nunca fue democrática en el sentido moderno de la palabra. Por el contrario, se mantuvo fiel a sus orígenes tardomedievales, con una gobernanza comunal ejercida por concilios elegidos por propietarios empoderados, de una forma no muy diferente a la de numerosas aldeas y pueblos de Alemania. Mientras que los montañosos «cantones de los bosques» de la Suiza central eran más rurales e igualitarios, los otros eran dominados por su localidad principal, donde el gobierno se fue haciendo cada vez más patricio y oligárquico, a medida que los burgueses victoriosos se adueñaban de los poderes y prebendas de los nobles a los que derrotaban. La mayoría de cantones adquirió territorio adicional que conservó como tierras dependientes, a cuyos habitantes se les negaba igualdad de derechos. Muchos de estos territorios dependientes fueron tomados durante conflictos por las rutas de

comercio a través de las montañas. Los suizos conquistaron Argovia y Turgovia a los Habsburgo y, a partir de 1403, lanzaron un decidido esfuerzo para arrebatar la fértil vertiente meridional de los Alpes al ducado de Milán. Las disputas jurisdiccionales en Argovia y Turgovia contribuyeron a provocar varias contiendas civiles en el seno de la Confederación y las dos dependencias no obtuvieron plena igualdad de derechos hasta 1798.

La violencia era endémica debido a la fricción constante entre los cantones y las numerosas desigualdades entre estos.¹¹ En general esta se limitaba al robo de ganado y a incursiones menores, si bien de forma periódica estallaban conflictos más serios, en particular la Guerra del Viejo Zúrich (1436-1450) por la posesión del condado de Toggenburg, en el que se implicaron Francia y los Habsburgo. Fue en este momento cuando la eficacia castrense suiza empezó a llamar la atención general, en particular la batalla de St. Jakob an der Birs, el 26 de agosto de 1444, en la que un contingente bernés de 1500 efectivos combatió, supuestamente, hasta el último hombre. A pesar de esta derrota, la victoria final de Berna sobre Zúrich le llevó a convertirse en el cantón más grande e influyente.

Las interferencias externas animaron a los suizos a sumarse a los conflictos desencadenados por la expansión del ducado de Borgoña por el Alto Rin durante la década de 1460. Las inesperadas victorias suizas de Murten, Grandson y Nancy en 1476-1477, detuvieron la expansión borgoñona y consolidaron una sólida reputación de excelentes infantes. La disputa por el rico botín de Borgoña estuvo cerca de provocar una nueva guerra civil. En 1481 se logró un equilibrio precario, en el que los cantones rurales suspendieron su agitación entre los campesinos dependientes de sus vecinos urbanos a cambio de que estos últimos abandonasen sus planes de establecer una confederación más centralizada. Llegados a este punto, a los tres miembros originales de la Confederación del Juramento se sumaron Zug y Lucerna, los cuales, junto con Berna, Zúrich, Glaris, Soleura y Friburgo, formaban los cantones de los bosques. Cada cantón tenía dos votos en la dieta (*Tagsatzung*), la cual, creada después de 1420, empezó a reunirse con mayor regularidad a partir de 1471. Sin embargo, no había capital, gobierno central ni constitución escrita. Neuchâtel, Valais y San Galo se incorporaron como miembros asociados, aunque sin representación ni derechos equivalentes.

Todos los cantones se originaron como ciudades imperiales o bailíos, por lo que no era inevitable que chocasen con el Imperio. Sin embargo, la posibilidad de conflicto creció una vez que los Habsburgo se convirtieron en la dinastía imperial debido a que las disputas con estos implicaban una colisión inmediata con el conjunto imperial. La tensión aumentó con rapidez cuando los suizos trataron de evitar las responsabilidades comunes y se negaron a asistir al *Reichstag* o a pagar los tributos acordados en 1495.

Dos años más tarde, se aliaron con Recia, una red de tres federaciones comunales, la más importante de las cuales eran los Grisones (Liga Gris), y avanzaron en dirección este, a lo largo de los Alpes, amenazando la rica provincia habsburgo del Tirol.

Vacas suizas y puercas suabas

Mientras tanto, el emperador Maximiliano se había impuesto a Francia en la Guerra de Sucesión borgoñona, provocada por la muerte en Nancy en 1477 de su último duque, y había tomado la mayor parte de sus tierras, incluido el Franco Condado, que flanqueaba Suiza por el noroeste. Como jefe de la Liga de Suabia, el emperador impuso el cumplimiento de la política imperial a las pequeñas localidades del sudoeste de Alemania, que los suizos consideraban aliadas potenciales. Debido al nuevo choque con Francia iniciado en Italia a partir de 1494, Maximiliano quería asegurar los pasos alpinos y esperaba que los suizos, a los que consideraba sus súbditos, le permitieran el tránsito.

En enero de 1499, Maximiliano atacó con el apoyo de la Liga de Suabia. Tres meses más tarde expandió el conflicto después de que los suizos firmaran una alianza con Francia, lo cual complicó la contienda italiana, en la que tanto él como el rey francés y los helvéticos ya estaban implicados como beligerantes. Los suizos se impusieron en una sucesión de pequeñas victorias, en particular Dornach, pero no pudieron franquear el Rin y adentrarse en Suabia. En septiembre se acordó la paz en Basilea. Los suizos obtuvieron la exención de las nuevas cargas comunes, si bien su relación general con el Imperio fue definida en términos deliberadamente vagos. Suiza no se convirtió en un Estado soberano.¹² La breve contienda, en la que los protagonistas se llamaban entre sí «vacas suizas» y «puercas suabas», fue brutal. No se hicieron prisioneros. Los observadores externos remarcaban el odio mutuo que se profesaban y es indudable que, cuando se hallaban en terrenos enfrentados en los campos de batalla del siglo XVI, suizos y germanos demostraban una honda aversión mutua. Sin embargo, tampoco cabe exagerarlo. Comercio, cultura e ideas religiosas seguían fluyendo en ambas direcciones y era frecuente que hombres de ambos países sirvieran en las mismas unidades.

En 1501, la ciudad de Basilea se vio obligada a abandonar su neutralidad e incorporarse a la Confederación, al igual que Escafusa, lo cual les dio a los suizos una avanzada al norte del Rin. Appenzell, en la frontera tirolesa, se convirtió en 1513 en el decimotercer cantón. Sin embargo, la posibilidad de que otras ciudades meridionales de Alemania «se hicieran suizas» se esfumó a partir de la década de 1540, una vez que el Imperio se presentó como mejor garante de la autonomía de las ciudades que la inestable Confederación.¹³

LA PAZ PÚBLICA Y EL SERVICIO EXTRANJERO

La imposición de la paz pública

El crecimiento del poder habsburgo redujo en gran medida el riesgo de conflicto interno, dado que era evidente que ninguna otra dinastía principesca podría desafiar el liderazgo imperial de la familia. Su poder quedó demostrado de forma convincente en 1504-1505, cuando Maximiliano I intervino en apoyo de Baviera contra el Palatinado en la disputa de la sucesión de Landshut. El Palatinado fue derrotado y perdió su crédito sobre el sudoeste de Alemania, lo cual permitió a los Habsburgo mantener el equilibrio entre las ramas rivales de los Wittelsbach. La influencia habsburgo aumentó con la rápida acción de la Liga de Suabia contra el duque Ulrico de Wurtemberg, que aprovechó el breve interregno entre la muerte de Maximiliano I y la elección de Carlos V en 1519 para atacar la ciudad imperial de Reutlingen. Ulrico fue derrotado y enviado al exilio, lo cual probaba que los mecanismos imperiales de imposición de la paz podían operar con efectividad incluso en ausencia de un emperador.

Aunque en ambos conflictos participaron contingentes relativamente grandes, estos fueron breves y demostraban los peligros de desafiar a la autoridad imperial. Mientras tanto, los señores territoriales cooperaban cada vez más en el marco de la paz pública para combatir amenazas más locales. Muchos de estos problemas, causados por ellos mismos, culminaron en la Revuelta de los Caballeros (1522-1523) y en la Guerra de los Campesinos de Alemania (1524-1526). Los caballeros, aunque más tarde fueron calificados de «barones ladrones», ni eran reaccionarios medievales, ni siempre eran expoliadores. El problema derivaba de la complejidad de las relaciones feudales tardomedievales, que hicieron que muchos detentasen feudos de varios príncipes a la vez. Dado que a partir de 1495 se les prohibió emplear la fuerza directa, algunos príncipes emplearon a sus caballeros para librar guerras por delegación con sus vecinos por las numerosas disputas locales menores que atormentaban al Imperio. Estos conflictos solían invocar el derecho tradicional de litigar, en el que la parte más débil nombraba a un campeón que le defendiera. De igual modo, otros caballeros trataban de escapar a la jurisdicción principesca por medio de la obtención de inmediatez imperial.¹⁴

Estos problemas solo fueron serios cuando el caballero palatino Franz von Sickingen, a partir de 1515, aprovechó las oportunidades abiertas por la actividad de contratista militar para emprender litigios en su propio nombre y a una escala sin precedentes. Tras atacar una serie de objetivos de prestigio cada vez mayor, en 1522 inició las operaciones contra el elector de Tréveris. Este desafío contra un miembro de la élite superior del Imperio era

ir demasiado lejos, pero Sickingen lo compensó estableciendo una alianza con otros caballeros, lo cual amplió el conflicto. La respuesta fue inmediata: la Liga de Suabia, reforzada por otros príncipes, reunió contingentes abrumadores que derrotaron a Sickingen y a sus aliados en 1523. A largo plazo, las tensiones fueron desactivadas gracias a que los caballeros aceptaron una serie de responsabilidades colectivas con condiciones especiales acordadas directamente con el emperador, lo cual preservó su autonomía ante la creciente hostilidad de los príncipes.¹⁵

La imposición de la paz colectiva también se enfrentó al desafío de la contienda campesina, el conflicto interno más sangriento del Imperio en el siglo XVI y la última revuelta nacional popular de Alemania anterior a 1848. Este conflicto consistió en una serie de alzamientos locales y regionales interconectados contra las exacciones señoriales por parte de colectivos que se consideraban perjudicados por cambios socioeconómicos fuera de su control. La interpretación del campesinado de que la nueva fe evangélica legitimaba sus demandas de igualdad dio a esta contienda un carácter revolucionario.¹⁶

Las autoridades, en un primer momento, estaban divididas. La mayoría de estas trató de negociar para luego anular los acuerdos una vez se sentían lo bastante fuertes. Tal conducta alimentó la desconfianza mutua y contribuyó a la violencia, si bien es obvio que muchos miembros de la Liga de Suabia aprovecharon las historias de atrocidades campesinas para legitimar sus brutales represalias. Los campesinos formaron ejércitos regionales de hasta 50 000 combatientes, aunque estos nunca operaban en un solo cuerpo y sufrían constantes fluctuaciones de efectivos, pues los hombres iban y venían en función de sus responsabilidades domésticas y de su nivel de compromiso. No todos los habitantes del campo apoyaron el alzamiento. Muchos se vieron obligados y numerosas ciudades cerraron sus puertas. Con la excepción de los tiroleses, que operaban en guerrillas, los campesinos carecían de una estrategia alternativa si la concentración de grandes efectivos no lograba intimidar a las autoridades.

La Liga, la primera región afectada, fue la primera en organizar contramedidas. No obstante, su capacidad de acción quedó dañada por la reticencia de muchas de sus ciudades a la hora de apoyar acciones militares.¹⁷ Rara vez alineó más de 7000 hombres, si bien la cooperación con las fuerzas principescas de la región fue mucho mejor que la del campesinado. Los príncipes desconfiaban de la mayor parte de su infantería, por lo que recurrían a la artillería, superior, para desmoralizar a los campesinos y hacerlos vulnerables al ataque de la caballería. Los relatos de la época acusan a la Liga de matar a 100 000 personas. Aunque lo más probable es que esto sea una exageración, no menos de 20 700 campesinos de Suabia perecieron en las seis batallas que perdieron y es posible que las bajas en Franconia, Turingia y Alsacia fueran similares.

No obstante, hasta la más implacable de las autoridades evitaba cortar las manos que le alimentaba, de ahí que a la guerra le siguiera una serie de reformas locales e imperiales. Estas confirmaron una pauta ya presente desde 1521: la restricción de las disputas religiosas entre la élite imperial. El pueblo llano debía creer lo que sus señores y gobernantes locales considerasen que era la verdadera palabra de Dios y, aunque las disputas religiosas podían derivar en ocasiones en disturbios y otras muestras de violencia, los que detentaban el poder se abstendían de hacer llamamientos a la guerra santa. A partir de 1526, hubo un reajuste del marco judicial del Imperio para dar acceso a los tribunales superiores a los súbditos, lo cual les permitía apelar a una autoridad por encima de la de sus regentes si podían demostrar que se les había denegado justicia. Este conflicto «judicializado» del Imperio apaciguaba el potencial de explosiones violentas, si bien estas continuaron ocurriendo, en particular en territorios menores o en casos en que se eternizaban sin una resolución.¹⁸

El servicio extranjero

A medida que la violencia iba siendo limitada en el seno del Imperio, esta empezó a ser exportada por hombres que marchaban a combatir en las contiendas de otras regiones de Europa. Este servicio extranjero continuó hasta entrado el siglo XIX y su legado aún persiste hoy en la Guardia Suiza Pontificia. Los suizos son los más famosos. Se estima que entre 1450 y 1850 entre 1 y 2 millones de suizos sirvieron en el extranjero, de los cuales no menos de 270 000 durante el siglo XVI. Sin embargo, la cifra de combatientes germanos fue significativamente más elevada. Los hombres se incorporaban a otros ejércitos de forma individual o por unidades formadas a tal propósito, o bien servían de forma temporal como auxiliares contratados.¹⁹

Este servicio extranjero ha sido interpretado de formas muy diversas. Numerosos autores suizos lo celebraron por ser la expresión de la libertad personal y de los valores marciales del recio pueblo de montaña. «El soldado suizo es el mejor soldado del mundo», sentenció el historiador y oficial de infantería Paul de Vallière, cuyo libro *Loyalty and Honour* [Lealtad y honor] retrató a los helvéticos como guerreros heroicos que continuaban sirviendo fielmente incluso cuando no se les pagaba.²⁰ Otros afirman que, casi desde los inicios, el servicio extranjero fue condenado por ser una forma de «tráfico humano» (*Menschenhandel*) que corrompía al país moral y políticamente. La participación alemana también ha suscitado una polarización semejante, si bien la opinión general era mucho más crítica contra lo que se consideraba un «comercio de soldados» (*Soldatenhandel*), una actividad traidora que profundizaba y perpetuaba la división del país en miniprincipados insignificantes (*Kleinstaaterei*), de los cuales Prusia constituía la única –y supuesta– excepción honorable.²¹

El servicio extranjero se consolidó durante el último tercio del siglo XV, aunque algunos alemanes y suizos ya habían servido antes en otros ejércitos.²² En 1474, Francia fue la primera en tratar de hacerse con el servicio de un gran número de suizos. A partir de 1488, disponía de no menos de 5000, que constituía un 40 por ciento de la infantería.²³ Hacia la década de 1490 había una cifra similar de infantes germanos, conocidos como lansquenetes (*Landsknechts*), entre ellos un contingente enviado a España en 1506 para instruir a las tropas locales, mientras que otros alemanes sirvieron en Francia a partir de 1510, ya fuera como sustitutos o como complemento de los helvéticos.

No hay un único factor que ilustre esto y la explicación habitual a la superpoblación, ya citada por los autores de la época, es una excesiva simplificación de una interacción compleja entre la recuperación demográfica de la peste negra y los cambios de los usos hereditarios, una economía comercializada y acontecimientos políticos más generales.²⁴ El carácter estacional de los conflictos era otra influencia importante, dado que todos los que servían regresaban a casa en otoño, y, además, a las autoridades les iba bien deshacerse de hombres jóvenes que podían causar problemas. Los que participaban en la autorización y organización del reclutamiento aspiraban, además de a una justa compensación financiera, a abrir otras oportunidades, personales, políticas y económicas.

Una de las críticas principales que recibía el servicio extranjero era que corrompía a la tropa profesional suiza y germana y le hacía degenerar en una «fuerza mercenaria oportunista» que ya no servía a intereses «nacionales».²⁵ La afluencia de reclutas al enemigo era un problema. No obstante, es importante no interpretar esto a través de la lente de nacionalismos posteriores. Ninguna monarquía de inicios de la Era Moderna tenía el monopolio de violencia y era imposible evitar que sus súbditos combatieran por otros, en particular porque la mayoría de dirigentes empleaba sólidos contingentes extranjeros. También podía ser una forma fácil de asistir a aliados sin implicarse de forma directa en sus guerras.

Por tanto, en lugar de prohibirlo, las autoridades regularon el servicio para obtener provecho de él y asegurarse de que sirviera a sus intereses. Los suizos lo intentaron ya a finales del siglo XIV. Sin embargo, las expediciones autorizadas eran a menudo acompañadas por voluntarios adicionales, los llamados *Reisläufer*, quienes servían sin permiso o paga a cambio de la expectativa de obtener botín. La frecuencia con la que los edictos germanos eran reeditados indica la existencia de problemas similares en otras regiones del Imperio.²⁶ De todos modos, la normativa no era del todo inefectiva. En general, se prefería servir al emperador, pues combatir por sus enemigos implicaba el riesgo del deshonor. En 1548, Sebastian Vogelsberger y sus subordinados fueron ejecutados por violar la prohibición imperial de reclutar para Francia. Los que entraban

en el servicio extranjero sin permiso se exponían a la confiscación de las propiedades. Francia se vio obligada a modificar cómo se presentaba ante el Imperio y se hizo pasar por campeona de las libertades constitucionales, con el fin de contrarrestar las medidas imperiales para disuadir a sus hombres de entrar al servicio de Francia.

Las guerras en Italia

En 1494, la campaña francesa para la conquista del reino de Nápoles dio inicio a las Guerras Italianas, una sucesión de conflictos que se prolongó hasta 1559.²⁷ Una de las razones clave de su carácter prolongado e intermitente fue la fragilidad de las alianzas de conveniencia entre los beligerantes, que incluían al emperador, a los suizos, a España e Inglaterra, además de a los Estados italianos. Las coaliciones se sucedían, una tras otra, cada vez que los triunfos de una potencia parecían amenazar a las demás.

Para la mayoría de beligerantes era más fácil reclutar un ejército que mantenerlo, pues solían quedarse sin dinero cuando se acercaba el otoño. Era difícil explotar una victoria o conservar un territorio conquistado. Cabía la posibilidad de dejar pequeñas guarniciones en localidades estratégicas, aunque el ejército de campaña solía dispersarse una vez los hombres se marchaban a casa con la paga o botín. Se hacía necesario volver a reclutar contingentes si se quería emprender una nueva campaña en primavera. Los fallos logísticos eran comunes, en particular con el mal tiempo o en regiones poco pobladas. En el mejor de los casos, un ejército podía cubrir 25 kilómetros diarios, una velocidad que no se superó hasta el desarrollo del ferrocarril. Los problemas de abastecimiento y la incertidumbre en cuanto a los movimientos del enemigo solían ralentizar el ritmo a menos de la mitad de esa cifra. Dadas estas limitaciones, no es ninguna sorpresa que las contiendas del siglo XVI se caracterizaran por una brecha descomunal entre los planes ambiciosos de los caudillos guerreros y sus logros reales.

En 1503 España se impuso a Francia en Nápoles, si bien esto no impidió a los galos volver a intentarlo en 1527 y de nuevo en la década de 1550. Después de 1499, la contienda se centró cada vez más en la pugna por el ducado de Milán, donde la dinastía de los Sforza, antaño todopoderosa, estaba perdiendo su dominio. Milán era el núcleo de lo que se conocía como «Italia imperial», que abarcaba toda Lombardía, hasta la planicie veneciana al este y Toscana por el sur. Saboya, que controlaba los pasos alpinos del oeste, también formaba parte de la política italiana, si bien pertenecía de forma oficial al reino germano, pues fue el único Estado italiano que conservó un escaño en el *Reichstag* hasta el siglo XVIII. Génova pertenecía a la Italia imperial y controlaba los mejores accesos marítimos por el oeste, lo cual le convertía en objetivo clave de los franceses. El emperador Maximiliano estaba decidido a imponer la jurisdicción imperial al sur de los

Alpes, con lo que, como era de esperar, tuvo que enfrentarse a Francia en numerosas ocasiones.

Francia podía contar de forma habitual con el apoyo veneciano, pues dicha república estaba rodeada de territorio habsburgo por el norte y el este y solía entrar en conflicto con el emperador, el cual trató en reiteradas ocasiones de obtener acceso a través de Venecia para intervenir en Italia. El Papado oscilaba entre la neutralidad y el apoyo al emperador o, de forma más habitual, a Francia, que se presentaba a sí misma como la campeona de la libertad italiana contra la tiranía imperial de los Habsburgo. Las bazas de Maximiliano eran más bien débiles, pues el *Reichstag* no consideraba a Italia una preocupación común y en raras ocasiones votaba darle apoyo sustancial. Al contrario que Francia, al emperador le costaba reclutar un gran ejército para el inicio de cada campaña, de ahí que las fuerzas imperiales diluyeran a menudo sus efectivos al llegar en grupos fragmentados.

En la primavera de 1500, las alianzas enfrentadas llevaron a las tropas suizas a servir en bandos opuestos en el sitio de Novara. Tras una serie de conversaciones, los helvéticos al servicio del duque de Sforza lo abandonaron y se hicieron capturar por los franceses. Aunque el capitán considerado responsable fue ejecutado a su regreso a Suiza, el episodio alimentó la controversia en la Confederación acerca de la moralidad del servicio extranjero y contribuyó a perpetuar la fama de los «mercenarios suizos».²⁸ Por su parte, los suizos aprovecharon la ocasión para tomar a Milán dos valles en la vertiente sur de los Alpes, lo cual anunciaba su condición de beligerante activo en la Italia septentrional, no solo de suministrador de tropas.

Este rol quedó de relieve en 1509, cuando Francia decidió que era más barato contratar lansquenets y no renovó la alianza con los suizos. La Confederación se unió entonces a una nueva coalición, bajo liderazgo papal, cuyo fin era expulsar a los franceses de Milán. Aunque esta también incluía a Maximiliano, España y Francia, los suizos proporcionaban el núcleo del contingente de la Liga y su presencia permitió tanto a la Confederación como a sus aliados retios expandir sus posesiones alpinas a expensas de Milán.

La batalla de Marignano y la «invención» de la neutralidad suiza, 1515

La sucesión de triunfos tuvo un abrupto fin en 1515, cuando el nuevo monarca francés, Francisco I, volvió a reclamar Milán y lo invadió con un contingente de 38 500 hombres, 23 000 de los cuales eran lansquenets.²⁹ Cerca de la mitad de los cantones consideró que había llegado el momento de ceder y llegar a un acuerdo con los galos para venderles la mayor parte del ducado. Los otros se negaron y marcharon de la capital con 20 000 efectivos. El 13 de septiembre, atacaron a los franceses en Marignano. Los

lansquenetes rechazaron fuertes asaltos hasta el anochecer. La batalla fue retomada al día siguiente, un hecho poco usual en la guerra de inicios de la Edad Moderna. Sin embargo, la llegada de refuerzos venecianos inclinó aún más la balanza en contra de los suizos, que se vieron obligados a retirarse tras haber perdido más de un tercio de sus fuerzas. Las negociaciones continuaron mientras se seguían librando combates inconcluyentes. Al fin, todos los cantones y sus asociados aceptaron una alianza con Francia. El pacto, acordado el 26 de noviembre de 1516, implicaba la venta de Milán a cambio de pagas atrasadas por servicios anteriores, además de conservar la mayoría de sus conquistas alpinas.

En 1900, tres frescos de Ferdinand Hodler de la sala de armas del museo histórico nacional immortalizaron la ordenada retirada de los suizos después de Marignano. En este, se ve a los soldados llevar a sus camaradas heridos, derrotados pero altivos (*vid.* Lámina 1). Pese a que la composición y estilo de Hodler fueron controvertidos en su época, su interpretación retrata a la perfección el recuerdo que quedó de la batalla: había sido una «derrota saludable» que puso fin a una era de expansión e inauguró una de neutralidad.³⁰ Un elemento central de esta visión era que Suiza había logrado preservar su neutralidad gracias al valor disuasorio de su eficacia marcial, no a las actitudes de sus vecinos y enemigos potenciales.³¹

En realidad, Suiza no renunció a seguir expandiéndose. Génova y Rottweil fueron aceptadas como aliadas, mientras que Berna y la república aliada de Valais conquistaron tierras de Saboya en 1536. La explicación real al fin de esta expansión fue que ya no había más presas fáciles a su alcance. Además, la Reforma complicó los desacuerdos existentes acerca de la idoneidad de nuevas conquistas. La Reforma dividió a la Confederación: los seis cantones zwinglianos —Appenzell, Basilea, Berna, Glaris, Escafusa y Zúrich— se enfrentaban a siete cantones de predominio católico (Friburgo, Lucerna, Schwyz, Soleura, Unterwalden, Uri y Zug). Retia era de mayoría protestante, pero sus dependencias de la Valtelina eran católicas, mientras que la ciudad aliada de Ginebra abrazó el calvinismo, la única ciudad suiza en la que esta confesión logró establecerse.

La religión agudizó las arraigadas rivalidades territoriales, económicas y políticas y creó así una situación geopolítica compleja que perduró hasta 1847. El bloque protestante principal, Berna y Basilea, desgajó Friburgo y Soleura de los cinco cantones de los bosques. Por otra parte, los cantones protestantes de Appenzell y Glaris permanecían como enclaves aislados al este, mientras que Zúrich y Escafusa quedaron separados de sus aliados naturales por dos corredores de territorios dependientes bajo control católico. En 1529, y de nuevo en 1531, las tensiones desembocaron en una guerra. Este segundo conflicto se saldó con una derrota inesperada de los protestantes, sorprendidos por el contraataque católico de la batalla de Kappel, en la que pereció Zwingli.³² La paz de 1532 confirmó la situación de punto

muerto. Sin embargo, la incapacidad de resolver las tensiones persistentes impulsó a los católicos a formar en 1586 una liga propia, lo cual hizo que la sustancial minoría católica de Appenzell se separase y emplease uno de los dos votos cantonales con independencia de los protestantes. En 1655 hubo una división similar en Glaris, lo cual indica el carácter irresoluble de los problemas subyacentes.

Lo fundamental es que muy pocos suizos del siglo XVI hubieran considerado la neutralidad algo deseable. El concepto predominante de «guerra justa» sostenía que solo un bando podía tener razón y que los cristianos debían acudir en ayuda de la facción agraviada o, cuando menos, no asistir a sus enemigos. La práctica de tratar a ambos bandos por igual no se consideró moralmente aceptable hasta mediados del siglo XVIII. Hasta entonces, se toleraba «quedarse quieto» si era necesario para la autopreservación, siempre y cuando no se emprendiera acción alguna en apoyo del bando ofensor.³³ Dado que, en general, en todos los conflictos cada cantón solía ponerse del lado de sus correligionarios, la inactividad era, con frecuencia, la única forma de evitar una nueva contienda civil.

Tales consideraciones fueron las que definieron la famosa alianza franco-suiza de 1516, el Tratado de Paz Perpetua. A pesar de su nombre, ni era «perpetua» ni tampoco impedía acuerdos con otras potencias. Este fue suplementado en 1521 por un segundo acuerdo, que se convirtió en el modelo de todos los tratados futuros. Estos solían permanecer en vigor mientras viviera el rey galo del momento, con ocho años de añadido durante el reinado de su sucesor para dar tiempo a negociar la renovación. Hubo periodos de discontinuidad en 1597-1602 y 1651-1653, Zúrich se abstuvo de participar entre 1521 y 1614 y Berna no cooperó desde 1690 hasta 1752. Todos los cantones protestantes se negaron a renovar el tratado desde 1723 hasta 1777, lo cual redujo el acuerdo formal a solo sus vecinos católicos.

La alianza con Francia seguía la práctica tardomedieval de las «excepciones», que permitió a los helvéticos confirmar el último acuerdo de 1511 con los Habsburgo, el cual rigió las relaciones con Austria hasta 1806.³⁴ La existencia de estas alianzas, en potencia incompatibles, era regulada por los contratos de suministro de tropas acordados con Francia y otras potencias. Por ejemplo, los regimientos suizos al servicio de Francia, en teoría, solo podían emplearse en guerras defensivas y no podían enviarse al otro lado del Rin a combatir contra el emperador, una cláusula que numerosos monarcas galos ignoraron. Las convenciones también permitían a los suizos retirar sus soldados en caso de que la misma Suiza fuera atacada, pero esta regla era difícil de ejecutar y nunca fue aplicada. Francia, en teoría, era un aliado que debía proporcionar asistencia militar, algo que nunca tuvo que cumplir, pues ¡la primera potencia que invadió Suiza, en 1798, fue la propia Francia!

El verdadero pegamento que cimentó la alianza fueron las pensiones y concesiones económicas. A partir de 1474, Francia pagó, de forma intermitente, pensiones anuales a las élites cantonales para tener la primera opción de reclutar tropas suizas. Austria, España, Saboya y otras potencias hicieron lo propio, pero Francia las superó a todas a partir de 1521, gracias al volumen y regularidad de sus donativos. Aunque cada cantón y aliado confederado recibía una suma anual fija, Francia desembolsó cantidades de dinero adicionales por mediación de su embajador permanente, con sede en Soleura. Estas incluían pagos directos a familias clave y becas de estudios para hijos de la oficialidad. A pesar de las interrupciones y retrasos, los pagos regulares eran lo bastante cuantiosos como para cubrir una parte sustancial del gasto público, lo cual permitió a la mayoría de cantones reducir las cargas impositivas. Las élites cantonales y sus clientes locales recibían pagos adicionales, lo cual consolidó la tendencia hacia la oligarquía y provocó innumerables disputas por el acceso a estos donativos.³⁵ Asimismo, Francia dio a los mercaderes suizos acceso privilegiado a sus mercados y, algo crucial, les garantizó el suministro de sal, cuyo comercio se convirtió en una lucrativa fuente de ingresos para las élites cantonales. Por medio de estas medidas, Francia pudo comprar una influencia que ninguna otra potencia podía igualar.

Las alianzas cimentaron el control de las élites sobre el servicio extranjero, el cual se mantuvo hasta la década de 1850. Por medio de contratos formales entre la Confederación y una segunda potencia se reclutaban «regimientos oficiales». Las autoridades cantonales nombraban a los oficiales, previa aprobación del contratante. Estos cargos eran en un principio bastante lucrativos, de ahí que fuera natural que se reservaran para los hijos de las familias de la élite. Durante la primera mitad del siglo XVI, los regimientos no solían servir más de una o dos campañas. No obstante, a partir de la década de 1560 se hicieron más permanentes, lo cual requería el envío regular de reclutas adicionales para mantener los efectivos. Aunque al servicio de una potencia extranjera, estas unidades, sobre el papel, «perteneían» a su cantón. Además, era posible reclutar regimientos «no reconocidos» bajo «capitulaciones particulares» firmadas entre su coronel-contratista y un potentado foráneo. Aun así, estos también requerían de la aprobación de las autoridades del cantón y eran empresas de mayor riesgo, pues tales regimientos podían ser devueltos o disueltos por el contratante sin que ello supusiera romper una alianza formal.

LAS GUERRAS DE CARLOS V

Pavía y el Saco de Roma

Las Guerras Italianas volvieron a estallar en 1521. Carlos V, ahora monarca de España y del Imperio, invadió Milán para tratar de revertir el resultado

de la contienda anterior. Sus fuerzas capturaron la mayor parte del ducado y, en abril de 1522, rechazaron en Bicocca un contraataque en el que el contingente suizo al servicio de Francia sufrió numerosas pérdidas. Una serie de reveses galos adicionales culminó en la captura de Francisco I en la batalla de Pavía, en febrero de 1525, en la que hubo de nuevo enconados choques entre los suizos y los lansquenets al servicio del Imperio (*vid.* Lámina 2).³⁶ Carlos impuso duras condiciones a Francisco, el cual las repudió tan pronto como fue puesto en libertad. En 1526, después de que el papa Clemente VII cambiase de bando para oponerse a la ascendiente influencia imperial en Italia, volvió a retomarse la contienda.

Incapaz de seguir pagando a sus huestes, Carlos las animó a marchar sobre Roma para exigir dinero al pontífice. Conscientes de que les seguía de cerca un potente ejército franco-veneciano, las tropas imperiales asaltaron la ciudad el 6 de mayo de 1527 y dieron así inicio al infame saco, en el que perecieron alrededor de 12 000 personas, entre ellas civiles desarmados, pacientes de hospitales y niños masacrados en un orfanato del Vaticano.³⁷ El papa Clemente logró escapar a la fortaleza papal defendida por su Guardia Suiza, cuya heroica resistencia pasó a formar parte de la versión positiva del mito de los mercenarios helvéticos. Más tarde se consideró que el saco puso fin al Renacimiento italiano y, pese a que se trata de una exageración, es indudable que quedó grabado en la conciencia de los italianos como un gran desastre nacional.

Al colapso de la disciplina le siguió una epidemia, que provocó una reducción temporal de la efectividad del ejército imperial. A pesar de ello, en junio de 1529, las armas imperiales se anotaron una nueva y convincente victoria sobre los franceses en Landriano. Francisco hizo la paz y dejó, *de facto*, Italia en manos de Carlos, quien, en el cenit de su poder, fue aclamado «emperador del mundo» a su llegada a Génova el mes de agosto de ese año.³⁸ El papa Clemente también hizo las paces por separado: absolvió a los responsables del Saco de Roma a cambio de recuperar sus tierras y coronar emperador a Carlos. Fue la última coronación imperial oficiada en persona por un pontífice.

Las Guerras Turcas, 1521-1533

Mientras que los moralistas estimaban que los regentes cristianos debían vivir en paz entre ellos, los turcos infieles eran considerados una amenaza mortal. El poder otomano había crecido sin cesar, pero había sido contenido por Hungría hasta 1521, año en que Belgrado, considerada la puerta de Europa central, cayó en manos del nuevo sultán Solimán. En 1522, el *Reichstag* decidió ofrecer ayuda; esto implicó al Imperio en una sucesión de «Guerras Turcas» que se prolongaron hasta entrado el siglo XVIII.

Los dos protagonistas principales tenían fuerzas desiguales. El sultán regentaba un auténtico imperio mundial a caballo entre Asia, África y el

sudeste de Europa. Sin embargo, el frente bélico de Hungría estaba a más de 1000 kilómetros de Estambul. Los otomanos solían estar concentrados en conflictos en otros territorios, en particular contra Persia, y veían al emperador como a uno más de sus numerosos enemigos bárbaros. Cuando decidían atacar, solían hacerlo con enormes contingentes, muy superiores a lo que Hungría podía mantener.³⁹ Para los Habsburgo, la situación era muy diferente. Hungría era su vecino inmediato y su colapso llevó la línea del frente a las inmediaciones de Viena. Aunque se enfrentaban a otros adversarios, los otomanos eran una amenaza contra su existencia. Además, su alianza con el joven monarca húngaro Luis II, que carecía de heredero directo legítimo, añadía un poderoso interés dinástico.

La muerte del rey Luis en la desastrosa batalla de Mohács, en agosto de 1526, provocó una disputa sucesoria. Juan Zápolya, principal terrateniente y gobernador de Transilvania, se opuso a las pretensiones dinásticas del archiduque Fernando de Habsburgo. Zápolya contaba con el apoyo de la mayoría de la nobleza magiar.⁴⁰ En la subsiguiente contienda, los otomanos apoyaron la candidatura al trono de Zápolya y Solimán retornó en 1529 con un nuevo y enorme contingente, que tomó Buda —la capital histórica de Hungría—, pero que no logró capturar Viena en otoño, tras un sitio de seis semanas. De todos modos, tras la partida del sultán, los Habsburgo solo controlaban una pequeña franja de tierra al este de la frontera imperial, que apenas constituía un tercio de Hungría.

El sitio turco provocó una alarma generalizada en todo el Imperio, donde los otomanos pasaron a ser considerados una amenaza común, no un mero problema de los Habsburgo. La defensa del este se convirtió en un deber ineludible, mientras que las contiendas de Carlos con los monarcas cristianos de Occidente seguían siendo un asunto privado del emperador. La denominada ayuda turca, votada por primera vez en 1522, fue renovada a un nivel mucho más elevado, lo cual permitió a Fernando imponer control operacional sobre los diversos contingentes croatas y húngaros, pues ahora sí que podía pagarlos.

En 1530, a pesar de haber reunido 100 000 hombres, Fernando no pudo volver a tomar Buda. Solimán retornó dos años más tarde con un contingente supuestamente tres veces más grande que el de los Habsburgo, con intención de retomar el asedio de Viena. Las facciones protestante y católica del *Reichstag* dejaron de lado sus diferencias para acordar subsidios adicionales. Los contingentes imperiales sumaban 36 000 efectivos, esto es, más de un tercio del ejército reunido por Fernando, al cual también se sumó su imperial hermano, Carlos.⁴¹ Al verse enfrentados por primera vez, ambos soberanos decidieron no arriesgar el prestigio en una batalla. Dado que no podría pasar el invierno en el devastado territorio magiar, Solimán se retiró. Carlos se dio la satisfacción de derrotar a la retaguardia otomana, pero se quedó sin fondos, con lo que partió para encarar otros problemas.

Por motivos religiosos e ideológicos, a ambos bandos les resultaba imposible hacer la paz. Sin embargo, los Habsburgo no podían permitirse sostener una contienda de semejante escala, de ahí que, en junio de 1533, Fernando acordara una tregua en la que reconocía al sultán como su «señor» y aceptaba el pago de un humillante tributo anual. Esta tregua solo suspendía las operaciones de Hungría, con lo que ambos bandos podían seguir combatiéndose en otros territorios. Dado que era improbable una rápida recuperación de Hungría, los Habsburgo expandieron la Frontera Militar establecida en 1522 con ayuda de los croatas y crearon una zona militarizada permanente a lo largo de toda la frontera magiar.

Nuevas contiendas italianas y turcas

Aunque Carlos V estuvo en guerra de forma casi continua, los conflictos de mediados del siglo XVI alcanzaron una escala sin precedentes, alimentados por los recursos empleados por todos los bandos y por la ambición del emperador de imponerse a todos sus adversarios. En noviembre de 1535 estalló una nueva contienda italiana: tras la muerte del último duque Sforza, Carlos se hizo con el ducado de Milán. Francisco I se opuso y aprovechó la partida del emperador a una cruzada contra el Túnez otomano para invadir Saboya, aliada imperial por aquel entonces, y corregir el decepcionante resultado de la guerra anterior. El acuerdo naval franco-otomano enlazó este conflicto con la lucha contra los turcos. En 1536, el gran desembarco imperial en Provenza no logró revertir la situación, de modo que Francia retuvo buena parte de Saboya hasta 1559.

Pese a que en junio de 1538 el papa negoció una tregua franco-imperial de diez años, en 1540 Carlos volvió a enfurecer a Francisco al enfeudar a su hijo, el futuro Felipe II de España, el ducado de Milán. Al año siguiente, Francisco renovó su alianza con el turco y en junio de 1542 le declaró la guerra al emperador. Los principales focos eran Luxemburgo, Piamonte y Perpiñán, los tres puntos clave de fricción de las fronteras franco-habsburgo. Al igual que en Milán, Carlos perseguía objetivos dinásticos: la expansión de las posesiones de los Habsburgo. En pleno conflicto con Francia, Carlos ajustó cuentas con el duque de Cléveris, que se oponía a sus políticas en los Países Bajos. El duque capituló de inmediato en agosto de 1543, después de que un gran contingente imperial asaltase sus ciudades principales.⁴²

De forma excepcional, en 1544 el *Reichstag* votó una ayuda para la guerra contra Francia, además de nuevos subsidios turcos. En abril de 1544, el ejército imperial fue derrotado en Cerisoles, pero los franceses no pudieron explotar la victoria debido a la nueva alianza entre Carlos y Enrique VIII de Inglaterra. En junio, un segundo contingente imperial se adentró en el nordeste de Francia por el Mosa, mientras que una fuerza expedicionaria inglesa, reforzada por tropas germanas, capturaba Boulogne.

Falto de fondos, en septiembre de 1544, Carlos abandonó a Enrique VIII e hizo las paces por separado con Francia. En esencia, el pacto reinstauraba la tregua de 1538.

Mientras tanto, en el este, a los Habsburgo les había ido mal. En 1541, tras la muerte de Zápolya, Fernando renovó sus aspiraciones dinásticas y reemprendió las operaciones militares. A pesar de reunir fuerzas considerables, Fernando no logró reconquistar las provincias magiars perdidas. Los otomanos impusieron su dominio en la parte central de Hungría con sede en Buda y reconocieron al hijo de Zápolya, pero solo en Transilvania, que se constituyó como un principado separado. Fernando, a su pesar, aceptó esta división tripartita de Hungría en la nueva tregua de 1547.

La Guerra de la Liga de Esmalcalda, 1546-1547

La nueva contienda turca prolongó por un tiempo el acuerdo tácito entre las facciones protestante y católica del *Reichstag*. Sin embargo, hacia 1545 este estaba muy desgastado. La guerra no era inevitable, si bien los actos de los principales príncipes protestantes la hacían más probable, sobre todo los de Felipe, landgrave de Hesse, un principado compacto y bien organizado de la Alemania central. Descontentos con el liderazgo político de Sajonia de los protestantes germanos, Felipe fomentó una alianza para coordinar su acción en el *Reichstag* y protegerse contra supuestas conspiraciones católicas. Cuando fue evidente que un apoyo más general dependía de incluir a Sajonia en su alianza, Felipe llegó a un compromiso y aceptó al elector Juan Federico I como colíder del nuevo grupo, que pasó a ser conocido como Liga de Esmalcalda, la localidad hessiana donde se formó en 1531.⁴³

Al igual que la Liga de Suabia y otras alianzas de principios de la Era Moderna, la nueva organización era una combinación precaria de príncipes ambiciosos, pero pobres; con ciudades ricas, aunque cautelosas. Se dividía entre el norte, dirigido por hessianos y sajones; y el sur, de mayoría urbana. Las ciudades se quejaban, con razón, de estar sobrevaloradas en las cuotas tributarias imperiales de la estructura de movilización de la Liga. La alianza, como organismo únicamente protestante, fue motivo de inmediata controversia, en particular porque afirmaba ser más fiel a Dios, lo cual implicaba un derecho a resistirse al emperador que incluso Lutero se abstuvo de refrendar.

Las diferencias políticas y confesionales hicieron que los miembros de la Liga de Suabia renunciasen a renovar el tratado una vez expiró en 1534. Felipe de Hesse aprovechó la ocasión y persuadió a la Liga de Esmalcalda para que apoyara el restablecimiento de su primo Ulrico en el ducado de Wurtemberg. Las fuerzas del archiduque Fernando, superadas en número, fueron derrotadas en mayo en Lauffen. Un mes más tarde, en la Paz de

Kaden, Fernando aceptó la restauración de Ulrico.⁴⁴ Como aceptaron en privado numerosos miembros de la Liga de Esmalcalda, la agresión de Felipe había violado la paz pública y había tenido éxito gracias únicamente a que tenía más dinero y podía reclutar soldados con más rapidez que los Habsburgo. De igual modo, Felipe enmascaró sus intenciones al presentar sus preparativos bélicos como si estuvieran dirigidos contra los anabaptistas, además de apoyarse en una red de militares profesionales contratados que reclutaron de forma encubierta grupos reducidos de soldados, los cuales podían ser reunidos con rapidez cuando fuera necesario.

La presencia de bandas de hombres armados, en apariencia «sin señor», reforzó la inquietud existente en el Imperio, en particular porque era difícil diferenciarlos de merodeadores desempleados, hombres reclutados de forma ilegal por Francia o los que eran alistados de forma legítima por los príncipes. A partir de 1444, se emitieron edictos imperiales contra los soldados sin empleo y el reclutamiento ilícito. A partir de 1521, estos fueron mucho más estrictos, pues se exigía a la tropa llevar salvoconductos y se expandió la autoridad de los *Kreise* para imponer su cumplimiento. La eficacia de tales medidas dependía de la voluntad de hacerlas cumplir, lo cual, por desgracia, quedaba socavado por la desconfianza mutua.⁴⁵ Los rumores de soldados que merodeaban por los bosques o por pequeñas aldeas alimentaron los temores de los Estados imperiales de que sus enemigos conspiraban contra ellos, como Felipe ya había hecho en 1528, cuando atacó varios obispados de Franconia. En 1542 volvió a hacerlo: Felipe y el elector de Sajonia lanzaron una invasión «preventiva» de Brunswick-Wolfenbüttel sin consultar a los demás miembros de la Liga de Esmalcalda.

La ocupación de Brunswick fue una carga tan costosa que, cuando el duque destituido los atacó sin éxito en el otoño de 1545, Hesse y Sajonia se plantearon cederla a la autoridad imperial.⁴⁶ Estas acciones fomentaron las disensiones en la Liga y empujaron a cuatro príncipes a pasarse a Carlos. El más importante de estos fue el duque Mauricio, jefe de la línea ducal de los albertinos de Sajonia, que aceptó apoyar al emperador en junio de 1546 a cambio del consentimiento imperial a su influencia sobre los principados eclesiásticos de Magdeburgo y Halberstadt. Estas defecciones eran importantes y no solo en lo militar, sino también porque ratificaban la pretensión de Carlos de que solo estaba restableciendo la paz pública, no extirpando el protestantismo. El emperador se cuidó de emitir una proscripción imperial contra ellos, pues tal cosa legitimaría a los príncipes que le apoyaban para ser recompensados con tierras y títulos arrebatados a sus enemigos. Además, la reciente paz con Francia y un armisticio con los otomanos abrieron una oportunidad para ajustar cuentas en el Imperio.

Los protestantes de Suiza rechazaron la solicitud de la Liga de reclutar tropas y cerraron sus fronteras a ambos bandos. Venecia también se negó a

ayudar, mientras que Enrique VIII de Inglaterra, con su vanidad habitual, solo se mostró dispuesto a ayudar a la Liga si esta le nombraba su comandante.⁴⁷ La división de la Liga en dos mitades, norte y sur, les impedía concentrar sus fuerzas al completo. A pesar de ello, lograron reunir en poco tiempo 50 000 efectivos mandados por Sebastian Schertlin, un profesional experimentado. Carlos solo logró concentrar 34 000 hombres en Baviera, a los que aceptó proporcionar víveres, pero nada más. La confianza aumentó en el seno de la Liga, la cual consideraba que «tenemos un montón de buenos soldados y todos están dispuestos a luchar».⁴⁸

Schertlin, en lugar de lanzar un asalto directo contra Carlos, a primeros de julio atacó el sur, en el Tirol, para tomar la garganta de Ehrenburg y bloquear la llegada de refuerzos italianos y papales, los cuales consiguieron reunirse con el emperador tras dar un amplio rodeo. Carlos fue reforzado por un segundo gran cuerpo llegado de los Países Bajos tras esquivar un contingente de la Liga en el Rin Medio. Ambos bandos convergieron sobre Ingolstadt, en Baviera, donde, a finales de agosto, la Liga descargó un breve bombardeo sobre el campamento imperial. Las escaramuzas a lo largo del Danubio continuaron hasta entrado el otoño, si bien ninguno de ambos ejércitos estaba dispuesto a arriesgarse a librar una batalla. La numerosa nobleza protestante de la Bohemia dominada por los Habsburgo no acudió a la llamada a la rebelión de la Liga. Esto tuvo una importancia crucial, pues liberó a los Habsburgo de lo que podría haber sido una distracción importante. Mauricio lanzó un ataque de distracción contra el electorado de Sajonia, el cual retiró sus fuerzas, con lo que debilitó el contingente principal y permitió a los imperiales invadir Wurtemberg, lo que forzó la rendición de este y los demás miembros meridionales de la Liga.

Felipe se quedó sin fondos y se vio obligado a disolver buena parte de su ejército, con lo que dejó solo en campaña a Juan Federico. En enero de 1547, el elector de Sajonia expulsó a Mauricio y socorrió la ciudad de Leipzig, que estaba bajo asedio. Las tropas papales regresaron a Italia ese mes y, además, la necesidad de guarnicionar el sur de Alemania redujo aún más el ejército imperial principal, hasta cerca de 27 000 efectivos. La llegada de más dinero desde Francia y de los miembros del norte de Alemania envalentonó a Juan Federico a avanzar hacia Bohemia con intención de provocar una revuelta. Carlos avanzó al norte por Franconia para reunirse con Mauricio e invadir Sajonia y atrapó por sorpresa a 21 000 sajones dispersos y desprevenidos. La subsiguiente batalla de Mühlberg, librada junto al Elba el 24 de abril, fue un choque de encuentro de doce horas que culminó con la captura del elector de Sajonia. La victoria del emperador fue tan completa que la victoria de los miembros norteños de la Liga contra un segundo ejército imperial en Drakenburg, un mes más tarde, no alteró la situación en absoluto.⁴⁹

A pesar de su reticencia a recompensar a sus partidarios, en el caso de Mauricio, Carlos se vio obligado a hacer una excepción. Juan Federico fue encarcelado y sus tierras y su título de elector cedidos a Mauricio el 4 de junio. Era el primer reajuste del colegio electoral del Imperio desde 1356 y estableció un peligroso precedente que ocasionó considerables problemas a los Habsburgo durante la Guerra de los Treinta Años. Mauricio intercedió por Felipe, que era su suegro. Carlos se abstuvo de condenarlo a muerte, pero le sentenció a quince años de prisión. La mayoría de los demás miembros de la Liga recibió penas bastante leves, si bien la Liga fue disuelta.

Carlos aprovechó su victoria para imponer su solución a los problemas del Imperio, pues las muertes de Francisco I y de Enrique VIII, los dos fallecidos en 1547, eliminaron la posibilidad de una intervención externa. Los Estados imperiales se congregaron en Augsburgo, en el «*Reichstag* acorazado», así llamado gracias a la fuerte presencia militar de Carlos. Mientras los teólogos seguían debatiendo en el Concilio de Trento, Carlos impuso el acuerdo religioso «Interim» en mayo de 1548, un compromiso que no satisfizo a nadie y que le enemistó con Mauricio, que recibió la misión de imponerlo a la ciudad luterana rebelde de Magdeburgo, la cual se rindió tras ser sitiada en 1550-1551. Otras medidas incrementaron la autonomía de las tierras borgoñonas de los Habsburgo y trataron de forzar a los príncipes mayores a aliarse con Carlos.⁵⁰

La Revuelta de los Príncipes y las nuevas guerras contra Francia, 1551-1559

Aunque este acuerdo apenas cambió los fundamentos de la constitución imperial, el encarcelamiento, ordenado por Carlos, de los jefes de la Liga de Esmalcalda hizo que fuera considerado inapropiado y alarmante. El emperador se enemistó aún más con los príncipes germanos al sugerir que su hijo, el futuro Felipe II de España, fuera su sucesor y no su hermano, el archiduque Fernando, al que preferían los príncipes. Mientras tanto, el costoso intento de Carlos de tomar Parma agotó sus recursos. Mauricio empezó a conspirar con otros príncipes descontentos, los cuales establecieron con él una alianza informal en 1551. El nuevo rey francés, Enrique II aprovechó las crecientes dificultades de Carlos para reabrir la contienda italiana. En agosto invadió el Piamonte y en enero de 1552 se alió con el grupo de Mauricio.⁵¹ Un gran contingente francés tomó Metz, Toul y Verdún, en las fronteras occidentales del Imperio, y en abril ocupó parte de Alsacia. Mauricio, tras haber reclutado tropas de forma encubierta con dinero francés, reveló sus cartas en marzo y emprendió la Revuelta de los Príncipes con un ataque en dirección sur, hacia Suabia.

Ninguno de ambos bandos tenía intención de combatir, pero las negociaciones fracasaron y Mauricio continuó su avance. Atrapó a las fuerzas

habsburgo, inferiores en número, en la garganta de Ehrenburg y las forzó a rendirse en mayo. Mientras tanto, Alberto Alcibíades, margrave de Brandeburgo-Kulmbach, se marchó a librar su contienda personal, la «guerra de los curas» contra los obispados de Bamberg y Wurzburg y la rica ciudad de Núremberg, todos ellos territorios a los que ya había intentado conquistar en el pasado.

El 15 de julio de 1552, el archiduque Fernando negoció la Paz de Passau, conforme a la cual los dos príncipes encarcelados fueron puestos en libertad, se suspendió el Interim y se aceptó la secularización de las propiedades de la Iglesia católica hasta la fecha. A cambio, los príncipes cambiaron de bando y apoyaron la campaña de Carlos para la reconquista de Metz. La guarnición francesa resistió con firmeza todo el invierno, con lo que el emperador se vio obligado a abandonar el sitio con el año nuevo. Carlos se retiró a Bruselas, donde dio inicio a lo que se convirtió en el largo proceso de partición de las posesiones habsburgo entre su hijo en España y su hermano en Austria, que culminó con su abdicación del trono imperial, un hecho sin precedentes, en 1556. Las contiendas de Italia y las fronteras neerlandesas pasaron a ser asunto de Felipe, pues tales regiones habían sido asignadas a su herencia. El conflicto sobrevivió un año a Carlos. En 1559, Felipe puso conclusión victoriosa a esta contienda, una vez Francia aceptó al fin la hegemonía hispana en Italia. La victoria de España puso fin a los problemas de seguridad del Imperio en el sur. Antes bien, el poder de Felipe le llevó a ignorar los derechos formales del emperador en Italia cuando así le convenía.⁵²

Alberto Alcibíades, tras haberse unido un tiempo al ejército imperial para evitar ser castigado, reemprendió sus ataques en Franconia. Sin embargo, se encontró con que sus enemigos se habían armado, por lo que se vio forzado a retirarse al norte, donde esperaba congregarse el apoyo de otros nobles y ciudades protestantes descontentos. En julio de 1553, Mauricio le sorprendió en Sievershausen, donde le derrotó en la batalla en suelo germano más sangrienta del siglo XVI, aunque la victoria le costó la vida. El margrave retornó hacia el sur, a Franconia, saqueando a su paso. Allí volvió a ser derrotado de nuevo, en Schwarzach en 1554, y huyó al exilio.⁵³

Los acontecimientos de 1546-1554 demuestran con claridad los límites del poder imperial. No obstante, también convencieron a los príncipes de los peligros de las alianzas partidistas y de la acción unilateral. Las medidas colectivas contra el margrave descarriado ilustran este deseo de compromiso: príncipes y ciudades católicos y luteranos colaboraron para imponer un nuevo edicto imperial. Fernando supo aprovechar este creciente deseo de paz en el Tratado de Augsburgo, que fue ratificado en la sesión del *Reichstag* celebrada en dicha ciudad en septiembre de 1555. Conocida habitualmente como la Paz Religiosa, en realidad se trataba de un acuerdo mucho más amplio que el de Passau, pues permitió a los príncipes seglares

decidir si sus súbditos debían ser católicos o luteranos. El tratado había sido redactado con una ambigüedad deliberada que permitía a los firmantes de ambas confesiones aceptar un documento común. Estas indefiniciones provocaron problemas a finales de siglo. Aun así, con algunas excepciones muy controvertidas, los tribunales supremos imperiales lograron apaciguar la mayoría de disputas, de modo que el Imperio permaneció en paz durante los siguientes sesenta y tres años.⁵⁴

Además de una amplia serie de otras medidas, como la reforma monetaria, el *Reichstag* también mejoró la seguridad interna por medio de la Ordenanza Ejecutiva Imperial, que codificó la normativa que regía la imposición de la paz pública. En 1570 se tomaron medidas adicionales que reforzaron la coordinación de prácticas policiales contra el reclutamiento encubierto y el desplazamiento de soldados. Las derrotas de dos notorios pendencieros, el conde Juan de Rietberg (1557) y Wilhelm von Grumbach (1567) que intentaron emprender litigios a la manera de Franz von Sickingen, demostraron la eficacia de la acción colectiva y, en general, disuadieron a otros de emplear la fuerza contra sus vecinos.⁵⁵

PAZ Y SEGURIDAD EN UNA ÉPOCA CONFESIONALIZADA

La seguridad en el oeste y en el norte

La relativa tranquilidad del Imperio presentaba un marcado contraste con los problemas de sus vecinos. A partir de 1562, Francia se hundió en una sucesión de violentas contiendas civiles, las llamadas Guerras de Religión de Francia. Tras varios años de disturbios y agitación, los Países Bajos se sumieron en la lucha a partir de 1568. Este conflicto, conocido como la Revuelta de los Países Bajos, era también una guerra civil, en la que la mayoría de católicos apoyaba el dominio español. Los desplazamientos de población reforzaron en la práctica una partición permanente entre el sur católico, controlado por España, y la república rebelde del norte, de mayoría protestante. En esta misma época, la rivalidad sueco-danesa en el Báltico implicó a las ciudades hanseáticas en la Guerra Nórdica de los Siete Años, 1563-1570.

Todos los beligerantes de estos conflictos buscaban obtener tropas y ayuda financiera de sus simpatizantes germanos. Alrededor de 25 000 alemanes sirvieron en la fase inicial de la Guerra Nórdica de los Siete Años, que se combatió sobre todo en Livonia —la actual Letonia—, de reciente pertenencia a una rama de la Orden Teutónica. El emperador rechazó la pretensión de que Livonia formase parte del Imperio y ayudó a llegar a un acuerdo de paz en 1570.⁵⁶

La Revuelta de los Países Bajos planteaba un riesgo mayor, pues la ruta principal de los refuerzos de Felipe II recorría el llamado Camino Español,

que, tras navegar hasta Génova, cruzaba los Alpes suizos y, por último, seguía el curso del Rin. Incluso los católicos suizos y germanos veían con inquietud el paso constante de enormes contingentes de hombres armados por sus tierras, mientras que sus vecinos protestantes temían que los españoles los saquearan o atacaran.

La última gran movilización de España en Alemania había tenido lugar en 1557, durante la fase final de las Guerras Italianas. La Guerra de Flandes estalló tras la partición del patrimonio de los Habsburgo, con lo que el acceso español al territorio dependía de la cooperación austriaca. Fernando I y su sucesor en 1564, Maximiliano II, rechazaron la interpretación española de que la Revuelta neerlandesa era una violación de la paz pública, pues, dado que los Países Bajos formaban parte del *Kreis* de Borgoña, tenían derecho a recibir asistencia militar del Imperio. Sin embargo, los imperiales se negaron a proporcionar asistencia militar directa y trataron, sin éxito, de intermediar. De todos modos, toleraron el reclutamiento español para no enemistarse con el rey Felipe. Aunque no es probable que se lograra reclutar los 94 000 hombres solicitados en 1578, los germanos constituían un tercio de la infantería del Ejército de Flandes entre 1572 y 1607. Siempre superaban en número a españoles e italianos y, en ocasiones, superaban incluso a los valones de reclutamiento local.⁵⁷

En 1583, el conflicto se extendió a Westfalia. Ese año, España apoyó al candidato bávaro en una disputa por el electorado estratégico de Colonia, extendido por el Bajo Rin. El conflicto pudo ser contenido y las fuerzas españolas se retiraron en 1588 tras haber logrado el objetivo. Una década más tarde, regresaron. Fue el tristemente célebre «invierno español» en el que los hispanos, además de buscar alojamiento y suministros, trataron de flanquear a los neerlandeses por el este. Aunque las contramedidas militares de los de Westfalia solo tuvieron un éxito parcial, los españoles volvieron a retirarse.⁵⁸

Germanos y suizos formaban alrededor de un tercio de los ejércitos reales franceses en las fases inaugurales de las Guerras de Religión; hacia 1598, 107 600 helvéticos habían servido en ambos bandos.⁵⁹ Entre 1562 y 1592, los príncipes protestantes organizaron siete expediciones, con un total de 80 000 alemanes y 20 000 suizos, en apoyo de los hugonotes.⁶⁰ Por ponerlo en perspectiva: la expedición inglesa a los Países Bajos de 1585 contaba solo con 7000 efectivos, mientras que las tres expediciones en auxilio de los hugonotes apenas sumaban 13 000.

Los Consejos de Berna y Ginebra rechazaron la petición de ayuda de los hugonotes por entrar en contradicción con sus tratados con Francia. En 1562, emisarios de Berna lograron persuadir a alrededor de 5000 hombres reclutados con dinero proporcionado por Calvino para que regresaran a Suiza. Por otra parte, no era posible impedir que los hombres se unieran a las expediciones organizadas por los príncipes alemanes. Además, desde

1585, los cantones de los bosques proporcionaron contingentes a la Liga Católica de Francia y a España, los cuales operaban con independencia del ejército real en la contienda civil francesa. Las expediciones principescas contravenían los mandatos imperiales contra el reclutamiento. No obstante, la única ruptura seria de la paz fue la breve Guerra de los Obispos de Estrasburgo (1592) en la que la última expedición a Francia de los protestantes germanos en apoyo de los hugonotes agudizó una pugna local por la elección episcopal. Esta contienda, en la que hubo menos combates que en la disputa de Colonia, fue solucionada por medio de la negociación.

La seguridad en el Este y la Larga Guerra Turca

Los Habsburgo tuvieron suerte de que los otomanos renovasen la tregua de 1547, si bien estos aprovecharon las disensiones en Alemania para hacer algunos avances en la frontera húngara entre 1552 y 1554. En 1562 se volvió a ratificar la tregua. Cuatro años más tarde, Solimán falleció y Maximiliano II aprovechó la oportunidad y lanzó una importante ofensiva para reconquistar Hungría. Los imperiales fracasaron y se vieron obligados a ceder más fortalezas fronterizas en 1568, cuando se volvió a renovar la tregua. El acuerdo fue ampliado en tres ocasiones más hasta 1590, a cambio de un aumento del tributo de los Habsburgo. Sin embargo, se permitían incursiones de un máximo de 4000 hombres, lo cual prolongó la sensación de inquietud. El *Reichstag* aceptó los argumentos de Rodolfo II, que había sucedido a Maximiliano en 1576, de que la Frontera Militar servía el bien común, por lo que votaron impuestos sustanciales que permitieron su reorganización y mantenimiento.⁶¹

En 1590, los otomanos, tras la conclusión exitosa de su larga contienda contra Persia, incrementaron sus ataques en Croacia. Las represalias de los Habsburgo les sirvieron de excusa para alegar una violación de la tregua, con lo que, en 1593, desencadenaron lo que se conoció como la Larga Guerra Turca.⁶² Rodolfo vio una oportunidad de cumplir su rol de campeón de la cristiandad y trazó ambiciosos planes para extender la conflagración más allá de la reconquista de Hungría. Recibió dinero de España y del papa y trató de establecer alianzas con Rusia y Persia.

La contienda siguió una pauta, determinada por la situación geoestratégica y las limitaciones fiscales y militares de los beligerantes, que se repetía de otras guerras. Los prolongados preparativos, de forma casi invariable, retrasaban el inicio de cada campaña más allá de la fecha prevista, con lo que apenas quedaba un estrecho margen entre julio y noviembre, cuando la llegada del tiempo frío y lluvioso imposibilitaba continuar las grandes operaciones. Entonces, las actividades se limitaban a incursiones y escaramuzas menores hasta el verano siguiente. Los Habsburgo alineaban, por lo general, en torno a 50 000 hombres, un contingente más o menos equivalente

al de sus adversarios. La franja que quedaba de Hungría proporcionaba alrededor de una quinta parte del ejército del emperador. La mayor parte del resto la financiaba el imperio y subsidios concedidos por los Estados provinciales de los Habsburgo. Entre 1594 y 1597, y entre 1601 y 1605, los *Kreise* organizaron contingentes adicionales.

La duración de la guerra forjó el ejército permanente de los Habsburgo. Desde 1592, las unidades permanecían en Hungría durante el invierno, en lugar de dispersarse o regresar a su principado de origen, como ocurría en las luchas contra los turcos anteriores. Esto incrementaba los costes, pero reducía el tiempo de preparación y mejoraba su capacidad de operar campañas exitosas. La cifra de efectivos que permanecía oscilaba en torno a los 10 000, con picos más elevados con anterioridad a las grandes ofensivas. Al ejército de campaña se sumaban las 20 000 tropas de guarnición desplegadas a lo largo de la Frontera Militar desde 1576. Si bien estas fueron sometidas a una considerable reducción a partir de 1607, nunca fueron desactivadas por completo, con lo que los Habsburgo tuvieron el primer ejército permanente del Imperio.⁶³

Estas fuerzas eran reforzadas por pequeños contingentes papales y toscanos, así como voluntarios católicos de Francia tras la pausa del conflicto interno de dicho país iniciada en 1598. Entre los voluntarios figuró el capitán John Smith, futuro fundador de Virginia, que sirvió un tiempo con las fuerzas de Estiria en 1601.⁶⁴ La implicación internacional daba a la contienda el carácter de una cruzada. Esta era sostenida por la movilización ideológica de los habitantes del Imperio, quienes eran convocados por el tañido de las «campanas turcas» a días regulares de penitencia y oración en las iglesias parroquiales.

Las altas expectativas de éxito del principio se evaporaron toda vez que los combates se eternizaron a lo largo de la extensa frontera magiar, donde los avances de un bando en un sector solían ser contrarrestados por una derrota en otro lugar. Rodolfo extendió demasiado su frente al lanzar un avance separado para conquistar Transilvania, lo cual implicó en la contienda a los Estados tributarios otomanos de Valaquia y Moldavia. La rebelión de la Alta Hungría de 1605 contra las duras políticas de los Habsburgo puso fin a sus escasas posibilidades de victoria.⁶⁵ Rodolfo estaba decidido a continuar, pues Persia había declarado por fin la guerra a los otomanos en octubre de 1603. Sin embargo, su hermano menor, Matías, vio en la intervención del sah una oportunidad para lograr un mejor acuerdo de paz.⁶⁶

En noviembre de 1606 se acordó una nueva tregua en Zsitvatorok, con una duración de veinte años, en vigor desde el siguiente mes de enero. Los turcos conservaron dos importantes fortalezas capturadas, pero por lo demás confirmaron el resultado de la contienda precedente de 1568, con la salvedad de que ahora el sultán aceptaba tratar al emperador como a su igual y convirtió el tributo habsburgo anual de 30 000 ducados abonado

desde 1547 en un único «donativo libre» de 200 000 florines. Este ajuste no era muy ventajoso, pues implicaba que los Habsburgo reconocían al sultán la dignidad de emperador. Es más, las incursiones de hasta 6000 efectivos no se considerarían una violación del tratado, lo cual abría la posibilidad de futuros conflictos.

La guerra dejó a los Habsburgo en la bancarrota. Estos se sumieron en conflictos internos, la «disputa de los hermanos», que dio lugar a violencia esporádica en 1608 y 1611, durante la cual los archiduques rivales hicieron concesiones políticas y religiosas muy dañinas a los Estados provinciales a cambio de apoyo financiero y militar. Matías se alzó en última instancia con la victoria y puso a Rodolfo bajo arresto domiciliario en su palacio de Praga durante sus últimos meses de vida. Matías, que ya había sido coronado rey de Bohemia, sucedió a Rodolfo en el trono imperial en 1612. Logró recuperar parte de la influencia perdida en el Imperio antes de que el estallido de la Guerra de los Treinta Años, en mayo de 1618, le plantease un desafío aún mayor.⁶⁷

Los conflictos entre las décadas de 1470 y 1530 definieron las fronteras imperiales, las cuales, con algunos ajustes, importantes, aunque de menor entidad, perduraron hasta su desaparición en 1806. Los Habsburgo controlaban más de un tercio del Imperio como posesiones hereditarias, lo cual sostenía su virtual monopolio del título imperial. Su estatus, junto con la adquisición de tierras adicionales más allá de los confines imperiales, les convirtió en la principal familia de Europa, a pesar de la pérdida de dos terceras partes de Hungría a manos de los otomanos. La unión personal de España con el núcleo central austriaco de los Habsburgo con Carlos V les proporcionó recursos sin precedentes, que permitieron al emperador derrotar a Francia y ejercer un dominio sobre Italia como no se había visto en más de tres siglos. Por otra parte, la violencia en el seno del Imperio fue limitada, si bien la profundización de las divisiones religiosas añadió nuevas preocupaciones.

Los nuevos conflictos bélicos de las décadas centrales del siglo XVI fueron testigo tanto del cenit del poder habsburgo como de los límites de la autoridad imperial. Tras aplastar a la Liga de Esmalcalda, Carlos se excedió en 1548: sus intentos de imponer un mayor dominio regio desencadenaron una reacción violenta que tomó desprevenidos a los Habsburgo y amplió el dualismo entre España y Austria, presente ya desde la delegación parcial de autoridad del emperador a su hermano, en 1521. Carlos completó este proceso con la partición, en 1556, de las posesiones habsburgo. Aunque Austria perdió acceso directo a las vastas riquezas de España, ahora podía concentrarse en gestionar el Imperio, libre de muchos de los problemas a los que se había enfrentado Carlos. En 1555, Fernando I arbitró un compromiso que consolidó la tendencia iniciada en el siglo XV, por la cual el Imperio se consolidaba como una monarquía mixta en la que el empera-

dor detentaba la iniciativa, aunque compartía el ejercicio del poder con los Estados imperiales. Este acuerdo insertó a las ciudades y otros elementos más débiles en el seno de un sistema político común y aseguró que nadie se uniera a los suizos, quienes, en 1499, habían decidido mantenerse al margen de este proceso, si bien seguían manteniendo un tenue vínculo con el Imperio.

La partición de las tierras habsburgo ayudó a Austria a mantener al Imperio al margen de las contiendas que devastaron la Europa occidental y septentrional en las postrimerías del siglo XVI. Aunque era imposible prevenir el flujo constante de soldados germanos y suizos, tanto el Imperio como la Confederación lograron contener las repercusiones domésticas de esta implicación indirecta. La seguridad colectiva imperial se reorientó hacia Oriente: los Estados imperiales votaron con regularidad elevados subsidios para sostener la Frontera Militar habsburgo contra los turcos. Los errores políticos de Rodolfo II y el impacto financiero y político de la Larga Guerra Turca desbarataron cualquier posibilidad de que esto reforzase la gobernanza imperial de los Habsburgo. Sin embargo, aunque debilitados, los Habsburgo no perdieron el control del Imperio. El estallido, en 1618, de una conflagración devastadora no era inevitable en absoluto.

NOTAS

- 1 Esto último se ha denominado «violencia extraterritorial». *Vid.* Thomson, J. E., 1994.
- 2 Existe una vasta literatura acerca de la construcción de los Estados. Un ejemplo muy influyente es la obra de Tilly, C., 1992.
- 3 Wilson, P. H., 2016.
- 4 Dotzauer, W., 1998.
- 5 Blum, G.F. v., 1795.
- 6 Carl, H., 2000; Bock, E., 1927; Close, C. W., 2021, 24-55.
- 7 *Vid.* Wilson, P. H., 2016, 445-454 y las fuentes allí citadas.
- 8 Benecke, G., 1982.
- 9 Fichtner, P. S., 1982; Kohler, A., 2003. Las numerosas biografías de su hermano mayor han sido todas superadas por Parker, G., 2019.
- 10 Para una lista completa de todos los Estados imperiales con sus territorios y poblaciones, *vid.* Wilson, P. H., 2004: 364-381.
- 11 Schaufelberger, W., 1987, 152-168. Para una visión más general, *vid.* Scott, T., 2017.
- 12 Scott, T., *op. cit.*, 23-44; Carl, H., 2000, 451-455; Wiesflecker, H., 1971-1986, vol. II, 314-357.
- 13 Brady, T. A., 1985.
- 14 Zmora, H., 2011 y 1997; Ulmschneider, H., 1974.
- 15 Scholzen, R., 1996; Press, V., 1991, 163-194.

- 16 Blickle, P., 1975; Scott, T. y Scribner, B. (eds.), 1991.
- 17 Blickle, P., 2015; Hoyer, S., 1975.
- 18 Schulze, W., 1976, 277-302.
- 19 Mayer, K. B., 1952, 191-197. Para un análisis de las diferentes categorías, *vid.* Wilson, P. H., 2020, 68-92.
- 20 Vallière, P. de, 1912, 3. Un debate en Fuhrer, H. R. y Eyer, R. P. (eds.), 2006; Furrer, N. *et al.* (eds.), 1997.
- 21 Un ejemplo viejo, pero todavía influyente de esta interpretación es el volumen de Braubach, M., 1923). Debate adicional en Wilson, P. H., 1996, 757-792.
- 22 Ejemplos en Harsgor, M., 1987, 48-81; Callejo Leal, G. (ed.), 2017.
- 23 Lot, F., 1962, 15-21, 33; Potter, D., 2008, 155-199.
- 24 J. Casparis aporta un útil resumen en Casparis, J., 1982, 593-642.
- 25 Axelrod, A., 2014, 89. Otros ejemplos serían el influyente Huber, E. R., 1943, 65-72; Fiedler, S., 1985, 95-96.
- 26 Pfaff, K., 1842, 10-11. Más en general, *vid.*, Baumann, R., 1978, 73-84.
- 27 M. Mallett y Ch. Shaw aportan una útil visión de conjunto en Mallett, M. y Shaw, Ch., 2012.
- 28 Detalles en *ibid.*, 50-52. Un análisis más completo en Rogger, P., 2015.
- 29 Potter, D., *op. cit.*, 64 Al respecto, *vid.* Harkensee, H., 1909; Schaufelberger, W., 1993, 48-57. Ciertos relatos estiman que los muertos suizos fueron nada menos que 16 500, pero esto es poco probable.
- 30 Miege, G., 2015; Paret, P., 1997, 93-98.
- 31 La interpretación clásica de la neutralidad suiza es la obra de Schweizer, P., 1895, corroborada y aumentada por el estudio monumental de Bonjour, E., 1965-1976.
- 32 Locher, G. W., 1979; Potter, G. R., 1976, esp. 398-418; Hauswirth, R., 1968, 65-95, 236-252.
- 33 Gotthard, A., 2014.
- 34 Scott, T., *op. cit.*, 45-47.
- 35 Ejemplos detallados en Gally de Riedmatten, L., 2010, 139-170 y los aportes a Greyerzm K. v. *et al.* (eds.), 2018. Véase también Ragetsh, S., 2008; Romer, H., 1997.
- 36 Giono, J., 1965.
- 37 Hook, J., 1972; Sherer, I., 2017, 150-174.
- 38 Cit. en Hook, J., *op. cit.*, 254.
- 39 *Vid.* Murphey, R., 1998; y Fodor, P. (ed.), 2019, que se centra en 1566, pero tiene mayor alcance.
- 40 Szabó, J.B. y Tóth, F., 2009. Acerca de la asistencia imperial, *vid.* Steglich, W., 1972, 7-55; Pálffy, G., 2000, 3-68.
- 41 Parker, G., 2019, 226-230; Rexroth, F. v., 1940, 39-41.
- 42 Brandi, K., 1939, 501-504.
- 43 Fabian, E., 1962, 65 y ss; Haug-Moritz, G., 2002; Close, C. W., *op. cit.*, 48-112.
- 44 Keller, A., 1912.
- 45 Schmidt, H. A., 1929, 167-223; Behr, H.-J., 1984, 19-50; Hunterbrinker, J. W., 2010, 173-199; Burschel, P., 1994, 304-317; Preuß, H., 1975, 28-62; Carl, H., 2013, 273-287. Acerca de ejemplos de rumores, *vid.* PC, vols. II y III.
- 46 PC, III, n.º 624, 641.
- 47 *Ibid.*, n.º 105, 160-161, 176, 229. Aun así, alrededor de 12 compañías de suizos entraron al servicio de la Liga. McEntegart, R., 2002. Acerca de la guerra, *vid.* Schüz, A., 1929; Querengässer, A. y Lunyakov, S., 2019; Parker, G., 2019, 319-326.

- 48 PC, IV, n.º 330.
- 49 Held, W., 2014; Bothmer, K. Frhr. v., 1938, 85-104.
- 50 Schorn-Schütte, L. (ed.), 2005; Rabe, H., 1971.
- 51 Fuchs, M. y Rebitsch, R. (eds.), 2010.
- 52 Kleinheyer, G., 1988, 124-144. La Guerra Franco-Española de 1551-1559 la resumen Mallett, M. y Shaw, Ch., *op. cit.*, 250-285.
- 53 Biegel, G. y Dorda, H. J. (eds.), 2003.
- 54 Heckel, M., 2006, 391-425. Una evaluación menos optimista en Gotthard, A., 2004.
- 55 Lutterberger, A.P., 1994; Lanzinner, M., 1993; Behr, H.-J., 1978, 33-104.
- 56 Lavery, J., 2002.
- 57 Parker, G., 1972, 271; Edelmeyer, F., 2002, 235-258, en su Edelmeyer, F., 2015, 29-61.
- 58 Capítulos de M. Ressel y T. P. Becker en Rutz, A. (ed.), 2016.
- 59 Wood, J. B., 1996, 18-27, 64, 72-73; May de Romainmotier, E., 1788, 59.
- 60 Tol, J.A.M. van, 2018, 197-222; Bezzel, O., 1925, vol. I, 30-40; Vallière, P. de, *op. cit.*, 186-188, 210-211; Heap, W.A., 2019, 73-77, 80; Gehring, D.S., 2013, 89-145.
- 61 Schulze, W., 1978.
- 62 Tracy, J.D., 2016, 284-337; Pálffy, G., 2021, 113-121; Wilson, P. H., 2009, 97-106 y las fuentes allí citadas.
- 63 Heischmann, E., 1925, esp. 187-188. Breves detalles acerca de las tropas del *Kreis* en Müller, J., 1901, 155-262; Tessin, G., 1986, 89-90, 152-154, 241, 243, 250-251, 308, 310 y su Tessin, G., 1964, 66-106.
- 64 Pichler, J.F., 1957, 33-354; Finkel, C.F., 1992, 451-471.
- 65 Toifl, L. y Leitgab, H., 1990.
- 66 Rill, R., 1999.
- 67 Wilson, P. H., 2009, 106-115, 239-261.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



**«Nadie interesado en la historia de Europa
puede permitirse no leer este estupendo libro».**

Daily Telegraph

**«Infinitamente fascinante. La historia ha regresado a Europa,
y *Hierro y sangre* es un punto de partida excelente
para familiarizarse con ella».**

The Times

Peter Wilson, autor de los monumentales *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* y *El Sacro Imperio Romano Germánico*, se embarca ahora en una obra no menos titánica, un relato acerca de Alemania a través de cinco siglos de historia militar. Durante la mayor parte de su existencia, la Europa germanófona ha estado dividida en innumerables Estados, algunos muy relevantes, como Austria y Prusia, y otros formados por un puñado de valles alpinos. Su experiencia militar también ha sido extraordinariamente variada: a veces amenaza, a veces amenazada; en ocasiones una mera zona tapón y, en otras, un peligro global.

Hierro y sangre es un libro asombrosamente ambicioso y absorbente que abarca cinco siglos de cambios políticos, militares, tecnológicos y económicos para narrar la historia de las tierras de habla alemana, desde el Rin hasta la frontera balcánica; desde Suiza hasta el mar Báltico. Una visión de conjunto en la que Wilson contempla múltiples aspectos y muy variadas dimensiones, desde el desarrollo de las armas hasta el reclutamiento, la estrategia en el campo de batalla o cuestiones ideológicas como el impacto de la Reforma protestante o el surgimiento del nacionalismo. Si hay una constante, esta ha sido la sensación de verse acosados por enemigos en apariencia más poderosos –Francia, Rusia o los otomanos– y la necesidad de asestar un golpe de gracia rápido para asegurarse un resultado favorable en una guerra. En cambio, y casi inevitablemente, esto ha significado, en la práctica, conflictos prolongados, implacables y a menudo imposibles de ganar y, en 1939-1945, una terrible catástrofe moral. El impacto militar de Alemania en el resto de Europa ha sido inmenso y *Hierro y sangre* ilumina el pasado y, con ello, el presente y el futuro de una parte central en el devenir del viejo continente, y del mundo.

ISBN: 978-84-124985-3-0



P.V.P.: 39,95 €

**OTROS
TÍTULOS**